

RESEÑAS

YOUNG, Gary K.: *Rome's eastern Trade. International commerce and Imperial policy 31 BC-AD 305*, Londres y Nueva York, Routledge, 2001. 318 pp., 8 mapas, 11 fotografías y seis tablas. ISBN 0-415-24219-3

La obra de Young supone un importante hito en la historiografía más actual, por cuanto supone la recuperación sobre un aspecto fundamental del mundo romano: el comercio con oriente y, especialmente, sus implicaciones políticas sociales y culturales. Desde este punto de vista se trata de un estudio muy ambicioso, pero que a la vez se convierte en imprescindible para cualquier historiador interesado en conocer e investigar el comercio, la economía romana y tanto las provincias orientales como las relaciones con las entidades estatales limítrofes con esta zona del Imperio. Perfectamente centrado cronológica y geográficamente, su interés es principalmente científico y destinado al especialista, un lector suficientemente conocedor de la temática, o al menos del mundo antiguo en época romana. Este profesor de Historia Antigua de la Universidad de Tasmania ha trabajado bastante sobre el oriente romano, destacando sobre esta temática el artículo que dedicara al análisis de la obra del *Periplus Maris Erithraey*¹.

La obra está centrada en el periodo que abarca los años 31 a.C. y el 305 d.C., momento principal del comercio romano con oriente, que entrará en decadencia en estas fechas hasta que sea recuperado, aunque nunca de forma tan importante, por el Imperio bizantino, ya en los siglos VI y VII. La narración está estructurada en siete capítulos, en los que se recorren los distintos trayectos y zonas de origen o de control del viaje. Del segundo al sexto siguen una línea de análisis semejante en la que se profundiza

en la ruta lo primero, a través de la descripción de las fuentes principalmente, para luego pasar a la evolución durante las diferentes épocas de gobierno romano, el análisis de las regiones y sus habitantes en relación con el comercio y la posible política aplicada o no desde el gobierno romano. El primero es una imprescindible introducción en la que se aclaran los objetivos de la investigación y las conclusiones obtenidas a través de ella, a la vez que se aporta información sobre las fuentes y sus principales características, elemento habitual en la mayoría de trabajos históricos, pero que en este caso cobra una especial importancia por no tratarse de fuentes muy habituales o conocidas.

Las primeras rutas que destaca Young, en este viaje por el comercio oriental, son las que se producían a través del Mar Rojo desde Arabia hacia Egipto². Se trata de una ruta marítima y terrestre de gran tradición y que llegará a conectar con la India con numerosas escalas intermedias. Alcanza su apogeo en época antonina, sobre todo tras el gran empuje que supuso su incorporación con Augusto al Imperio Romano y el descubrimiento por los navegantes griegos del sistema de vientos monzónicos que impedían o facilitaban la ruta hasta el sudeste asiático y que llevaron a la regularidad en estos viajes de larga distancia, que podían llegar hasta Sri Lanka. Una vez atravesado por rutas terrestres Egipto era Alejandría el puerto de distribución por el Mediterráneo, en especial hacia Roma.

Otro aspecto interesante de este capítulo es que el autor utiliza diversos papiros como fuentes de investigación para exponer la forma de organización de la expedición y el origen social de los organizadores, así como su evolución y la adquisición de estatus desde el comercio. Con el siglo tercero,

1. YOUNG, G. K.: «The Customs-collectors at the Nabataean port of Leke Kome (Periplus Maris Erythraei 19)», *ZPE*, 1997, 119.

2. Capítulo 2, pp. 27-88, destacando su importancia sobre otras rutas tradicionalmente más atractivas para la historiografía.

en especial desde la segunda mitad, decae el comercio para iniciar una lenta recuperación en el siglo siguiente que no se terminará de materializar hasta la consolidación del Imperio Bizantino, que recuperará la demanda de estos productos y reorganizará las rutas en connivencia con el Imperio persa sasánida.

El comercio de incienso desde Arabia siguiendo esta ruta naval o la terrestre por el reino nabateo, es el protagonista del capítulo tercero. La riqueza de los nabateos gracias al paso de mercancías desde el sur de la península arábiga, permitió su desarrollo durante todo el primer milenio, en contacto con todos los estados asentados en el Oriente próximo o Egipto. En época romana se produce el auge de este comercio y por tanto del reino, hasta su incorporación por Trajano en el 106 d.C. Mantendrá esta ruta su importancia hasta el siglo III, para casi desaparecer en el IV.

Palmira es una de las ciudades más peculiares del Imperio romano. Es la ciudad comercial por excelencia, toda su riqueza poder e interés proviene del control de las caravanas de varias rutas procedentes del este a través de sus guías y su posición en un oasis estratégico. Desde los puertos de Mesene, en la desembocadura del Tigris y Éufrates, llegan las mercancías de extremo oriente que realizan el trayecto marítimo hacia el Mediterráneo. Fruto de ello surgen impresionantes *cursus honorum* de ecuestres nacidos en la ciudad y que también se vinculan al ejército, imprescindible para asegurar el tráfico caravanero y origen de algunos de los nuevos tipos de tropas que se van a imponer progresivamente en el ejército romano desde el siglo II d.C.³. Al

3. Es una evolución progresiva en la que se va a producir un aumento del número de tropas auxiliares de caballería y su importancia dentro del esquema táctico romano. GABBA, E.: *Per la storia dell'esercito romano in età imperiale*, Bolonia, 1974, pp. 32-34.

final la importancia y la riqueza de la ciudad serán el origen de su propia perdición, al intentar independizarse y crear su propio imperio en el territorio comprendido entre Siria y el Éufrates que llevarán a la conquista y saqueo de la ciudad por Aureliano en el 274 d.C. y a su posterior decadencia⁴.

La ruta de la seda es la principal protagonista del capítulo quinto. Se trata de los comerciantes de las rutas caravaneras que han recorrido toda Asia central hasta la frontera entre partos y romanos y luego se redistribuyen desde el norte de la provincia de Siria. Las problemáticas relaciones entre romanos y partos quedan claras para el autor, a pesar de permitirse el tránsito de las codiciadas mercancías. Los intentos de expansión romana hacia el Imperio arsácida condicionarán la seguridad de las caravanas⁵, de las que los partos obtendrán cierto beneficio, pero contradice algunas consideraciones anteriores en torno a un posible monopolio parto de la seda y al control sobre su llegada a Roma. La existencia de las otras rutas alternativas descritas desmentiría esta creencia.

Aspecto fundamental dentro de la obra es el que dedica, desde la introducción y a través de todos los capítulos, al análisis del interés del gobierno hacia el comercio y las medidas tomadas hacia él directamente. Pero es en el capítulo sexto en el que se dedica a desmontar cualquier argumento que se asentase sobre el comercio como justificación de la política exterior romana. Es el punto más interesante y candente de la obra, pues rompe con muchas líneas historiográficas y recupera otras menos consi-

4. GAWLIKOWSKI, M.: «Les princes de Palmyre», *Syria*, 62, 1985, pp. 251-265.

5. No cabe ya duda de los intereses expansivos romanos en la zona frente a la posición parto más defensiva. Uno de los autores que profundiza en este aspecto y que menciona el autor es ISAAC, B.: *The limits of the empire. The roman army in the east*, Oxford, 1999 (ed. rev., 1ª ed. 1990).

deradas⁶. De esta forma contradice cualquier acción justificada desde el gobierno imperial romano, que se considerase destinada a favorecer directamente al comercio o a reducir los costes de éste, como han expuesto varios autores. Las medidas así tomadas irían en otro sentido, desde una mera acción hevergética, como la reparación de un puerto o la construcción de un canal como el de Trajano en Alejandría, a la construcción de vías desde una lógica puramente militar. Así como en el caso de los puestos de tropas a través de las vías con la motivación de asegurar el cobro de los diferentes impuestos a los comerciantes y no tanto para asegurar su protección.

Por otro lado no concibe este comercio tan gravoso para las arcas del estado romano como se ha defendido a través de las fuentes literarias. Desde la crítica a éstas, lo interpreta más como fruto de una determinada corriente ideológica de austeridad, que infla estos gastos como forma de justificación ante la protesta contra los denominados vicios de las costumbres. Un vistazo a los precios proclamados por Plinio y que el autor recoge ofrece una visión bien distinta a la de los caros productos de lujo que se importaban de oriente. Algunos si pueden considerarse como tales, pero otros no resultan tan inaccesibles a la población menos poderosa económicamente que los demandaba.

En definitiva el autor defiende que no se puede buscar en el interés comercial la justificación a las diferentes políticas aplicadas por los emperadores romanos en Oriente, en especial casos como el de Trajano, Lucio Vero o Septimio Severo, con sus ofensivas

sobre el estado parto. Otras razones parecen cobrar más fuerza que el intento de reducir el peso imposible sobre la economía romana de este comercio, aunque sean también de índole económica. El interés del estado romano por el comercio es marginal para el autor y nunca justificaría estas acciones.

Si bien es cierto que estas apreciaciones resultan bastante acertadas y en especial rompen con una idea simplista de las causas de los fenómenos políticos o de las guerras, también es cierto que probablemente sí que hubiera un elemento de convencimiento en la mente de los gobernantes romanos en cuanto a los intentos de conquista del Imperio arsácida, que procediera del comercio. A través de él intuían o creían en la riqueza del rey y los nobles partos y si podía formar parte de las diferentes causas que justificasen la intervención militar en una zona tan peligrosa, aunque eso sí, nunca de manera prioritaria.

Por tanto se trata de una obra imprescindible para el historiador interesado en el oriente romano, que ofrece algunas visiones novedosas sobre el comercio, desde un profundo estudio de las fuentes y su análisis, así como las consecuencias que este representó para las culturas y las sociedades que comunicaba así como específicamente la política romana. La exhaustiva lista bibliográfica resulta muy completa así como la selección de mapas y apéndices. Sólo entre los primeros se echa en falta un mapa del conjunto de las rutas o al menos de la zona, aunque las regiones específicas quedan reflejadas en los más concretos, las fronteras y divisiones políticas de los diversos estados, no siempre tan conocidos, y su integración en las rutas comerciales permanece menos claro.

Félix Julián Rodríguez San Juan

6. En especial varios autores clásicos como E. H. WARMINGTON, M. P. CHARLESWORTH o J. I. MILLER y J. R. THORLEY cuya lista queda recogida en la obra y tampoco es necesario retener aquí, frente a la compleja pero muy fundamentada de RASCHKE, M. G.: «New Studies in the Roman Commerce with the East», *ANRW* II, 9, 2, 1978.

BOULNOIS, Luce: *La ruta de la seda. Dioses, guerreros y mercaderes*, Barcelona, Península, 2004 (1ª ed. Olizane, Ginebra, 2001) 463 pp., 14 mapas. ISBN: 84-8307-609-8

No se trata de una nueva reedición de su obra ya clásica sobre la ruta de la seda, sino que la autora Lucette Boulnois vuelve a introducirse en el paisaje de Asia central y oriental, en un nuevo enfoque sobre el comercio entre el Mediterráneo, Irán y China. Como su anterior libro sobre la ruta de la seda¹ se trata de una obra eminentemente divulgativa, con una importante labor de estudio de fuentes complejas y de difícil acceso, pero centrada en la narración y la leyenda, sobre el interés científico o demostrativo. Ya de por sí la amplitud del ámbito cronológico la convierte en un estudio de carácter muy interdisciplinario, puesto que pretende abarcar la evolución de la ruta, que unía por vía terrestre, el Mediterráneo con China, a la vez que se introducen algunos aspectos sobre las culturas que la edificaron y aprovecharon como vehículo de mercancías y, por supuesto, ideas.

Un aspecto destacable de la obra es su originalidad estructural. Vagamente sigue una línea cronológica adaptada a su narración, es decir, desarrolla aspectos concretos de cada cultura, alternativamente, siguiendo un punto de vista centrado en la propia ruta. Pero la atención principal está dedicada a la historia de China. Desde su unificación con Qin Shihuangdi² hasta las modernas reformas aperturistas del mundo comunista. Asia Central y la India reciben

una atención más moderada, mientras el mundo occidental sólo cobrará protagonismo en el relato desde el periodo medieval. Este punto de vista preferentemente chino, resulta atractivo por lo inhabitual dentro de la bibliografía europea, en especial para los investigadores de la antigüedad. Las fuentes escritas chinas conservadas, bastante amplias desde la dinastía de los Han, ofrecen un volumen de información bastante desconocido en Europa³, en especial para algunos pueblos menos conocidos porque carecieron de escritura o ésta se ha perdido o resulta especialmente escasa. Estas fuentes chinas son muy importantes para el conocimiento de partos y sasánidas, imprescindibles para el Imperio de Kushan o el pueblo de los Yuezhi, los Khotan y los Siongnu, entre muchos otros. Para el investigador de estos pueblos el volumen de conocimiento de las principales fuentes, sean cronistas, escritores de viajes o leyendas chinas, desplegado en el libro, resulta de enorme utilidad, aunque ya sea conocedor de buena parte de ellas, por su dificultad de acceso traducido a un idioma que conozca, puesto que no se trata de textos de fácil acceso y gran divulgación. Por este aspecto su labor resulta más destacable, igualmente que por intentar trasladar nuestro concepto euro-centrista, quizá lo más correcto sería decir mediterráneo-centrista, para la antigüedad, que apenas se expande en alguna medida por el próximo oriente hasta la estepa irania. El imperio chino fue una potencia civilizada y muy desarrollada, interesada en contactar económicamente y culturalmente con los Da Qin o Lijian, como ellos conocían a la República y al Imperio romanos⁴. La autora además destaca lo que este interés comercial significaría para todas las regiones envueltas en el viaje de la seda y otras materias que demandaba Roma. El

1. BOULNOIS, L.: *La ruta de la seda...*

2. Se sigue el sistema de grafía y transcripción al abecedario latino que adopta la propia autora, como expone en la advertencia, p. 15, en la que también apunta las diferencias y problemática sobre los nombres de los estados y pueblos de la antigüedad y su ubicación en los mapas modernos.

3. Aspecto que ya destacara FERGUSON, J.: «China and Rome», ANRW, II, 9, 2, 1978, p. 581.

4. BOULNOIS, L.: 2004, p. 97.

control de las rutas es fundamental y deseado por los pueblos allí asentados, ya que propiciaba un gran enriquecimiento, como se puede ver en partos, sasánidas y sogdianos o en las ciudades que jalonaban el recorrido y conocían pasos y oasis: Palmira, Edesa o Samarcanda.

Desde los primeros intentos de comercio y comunicación de la China unificada por Qin Si Huangdi hacia occidente, la seda se convierte en un producto deseado y demandado por todos los estados, desde los pequeños reinos que limitaban con China al Imperio parto, a través del cual los romanos empezarán a conocer el producto. Será un objeto de príncipes y nobles hasta que su uso se generalice bastante durante los siglos IV y V en Roma, para reducirse su producción con las crisis china y romana de esta época y relanzarse con la difusión de su medio de producción, el gusano de seda, en la Persia sasánida. La autora nos describe desde el proceso de realización de la seda a la confusión que existió en el mundo romano sobre ello, pues en un principio se creará un producto de origen vegetal⁵. Es el fruto del desconocimiento entre ambos pueblos, a pesar de algunos viajes y posibles embajadas, que más bien aumentarían la leyenda que asentarían la información fidedigna mutua. La primera china es de principios del siglo II d.C., mientras la romana no se produce hasta el 166⁶. Sin embargo en China ya habían vivido tropas romanas, llegadas desde Carras como cautivos de los partos, uno de esos episodios históricos que parece superar cualquier ficción, como la profesora Boulnois describe en el primer capítulo.

5. Íd.: pp. 168-171.

6. Más que una embajada, como la denomina la autora, se la suele considerar una misión comercial, a pesar de que los miembros del viaje pretendieran presentarla en la misma corte china como tal. FERGUSON, J.: *op. cit.*, 1978, pp. 591-595.

Después de Roma serán los bizantinos quienes renueven las rutas comerciales, aunque estas proseguían entre persas, indios y Chinos con los sogdianos como grandes intermediarios. Es una época de grandes cambios y difusiones ideológicas y religiosas, el budismo, el cristianismo y el zoroastrismo llegan a China desde el siglo tercero y a través de indios y persas. Durante algunos siglos se impondrá una gran tolerancia religiosa e ideológica, pero será el budismo la religión que más influencia mantenga en la zona, sobre todo con el surgimiento, ya en época tardía, del reino del Tíbet. Musulmanes y mongoles transforman todo el panorama que había permanecido bastante estable durante siglos, aún con los cambios de dinastías y pueblos. Será la intolerancia religiosa la que durante la Edad Media parezca destruir este vehículo de culturas, mas no desaparecerá completamente y a través del comercio entre los janatos, el reino chino del sur y la India, con musulmanes y cristianos del Mediterráneo, se mantendrá el intercambio de ideas e inventos, como pudieron ser la pólvora, el papel o la misma imprenta, cuyo más directo antecedente es chino.

En el periodo medieval, la autora se centra en Marco Polo, la realidad y los mitos de su viaje y sus seguidores, así como los descubrimientos europeos del siglo XV y sus consecuencias o la difusión en Europa del gusano de la seda. Pero si centramos la crítica en el periodo que más nos interesa vemos algunas cuestiones que reseñar, como pueda ser la escasa información y menos bibliografía que la autora utiliza sobre el mundo parto y sasánida, basada más en el tópico y en la lectura de alguna fuente romana, que en las más modernas investigaciones. Teniendo en cuenta lo que nos descubre sobre el mundo chino, resulta algo decepcionante que ese conocimiento sea mucho menos actualizado para otras regiones, como los kushanos, los sogdianos o los reinos de la India. Según nos alejamos

del centro de su relato, los reinos chinos, descende el nivel de su información, salvo para Roma. Sin embargo, en ésta también se aprecia falta de actualización, incluso para un tema que domina como es el del comercio romano. Se pueden hacer apreciaciones, como el hecho de que considere que se trataba de un mercado exclusivamente de lujo el de las caravanas con oriente desde Roma, o que éste fuera tan deficitario para el mundo romano⁷.

En algunos casos se trata de la ausencia de una bibliografía actualizada o no tanto, sólo algunas obras de interés especial para el tema. Es de reseñar la escasez de notas aclaratorias en general, que establezcan con precisión el origen de muchas de sus opiniones, queda supeditada a la línea narrativa. Destaca la ausencia de autores como Lee, Raschke o Ferguson, o el más actualizado Young⁸, o de una obra específica sobre Partia, lo que permite destacar la importancia que la autora le dedica a la época antigua, aunque constituya más de la mitad del libro, eso sí fuera de China, para la que la bibliografía sí resulta más completa.

Catorce mapas constituyen material suficiente para ilustrar los cambios de pueblos y dominios, las rutas de las caravanas y los barcos desde Extremo Oriente hacia Europa, sobre todo si se tiene en cuenta el general desconocimiento del lector europeo sobre geografía e historia de estas regiones. Sin embargo no son mapas demasiado precisos

7. Estos aspectos se encuentran desde hace tiempo en revisión, en obras que se citan a continuación, pero que la autora da por absolutos. Más destacada es su visión de la crisis del siglo III en el Imperio romano, también susceptible de correcciones y actualizaciones.

8. FERGUSON, J.: «China and Rome», ANRW II, 9, 2, 1978; RASCHKE, M. G.: «New studies in the Roman Commerce with the east», ANRW II, 9, 2, 1978; LEE, A. D.: *Information and frontiers*, Cambridge, 1993; YOUNG, G. K.: *Rome's Eastern Trade. International commerce and Imperial policy 31BC-AD305*, Londres y Nueva York, 2001.

y completos, se echa en falta en ellos una labor de representación más exhaustiva, teniendo en cuenta esa dificultad ya reseñada y sabiendo que va dirigido a un lector no especialista.

Dioses, guerreros y mercaderes construyen el relato, unidos a reyes y escritores, y por último a arqueólogos e historiadores. La ruta de la seda es sólo una excusa para mostrarnos cómo a través de ella se transformó una región tan amplia como es todo el centro-sur de Asia. Cómo las culturas se comunican y se transforman, los medios a través de los que se producen estas transformaciones y la variedad que constituyen. La ruta de la seda, los pueblos que la compartieron constituyen un ejemplo de que la globalización, aunque a mínima escala, no tiene por qué constituirse en un ente homogeneizador.

Félix Julián Rodríguez San Juan

PROTASE, Dumitru: *La continuité dacoromaine (II^e-VI^e siècles)*, Cluj-Napoca, Ed. Risoprint, 2001, 312 pp.: il. [ISBN 973-656-015-5].

Una de las cuestiones de mayor importancia y, a la vez, de mayor controversia en la historiografía rumana es la del origen, la conformación, el desarrollo y la permanencia del pueblo rumano en el espacio carpato-danubiano, que actualmente cubre una buena parte de los territorios de Rumanía y que en la Antigüedad formó la Dacia. El núcleo del problema se ha planteado siempre al tratar de probar la continuidad o discontinuidad de los dacoromanos en el territorio mencionado, entendiéndolo por dacoromanos, para el caso que nos ocupa, la población de los dacios romanizados, entremezclados con los colonos romanos provenientes de diversas partes del imperio y llevados a la Dacia por Trajano y los siguientes emperadores.

A favor de la discontinuidad se mostraron los cronistas bizantinos de los siglos XI y XII, viajeros y eruditos europeos del Renacimiento y los cronistas moldavos y valacos de los siglos XVII y XVIII, así como un grupo de historiadores austro-húngaros de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, seguidos después por una corriente encabezada por Robert Roesler, negando la continuidad daco-romana y argumentando que el pueblo rumano se habría formado como tal en los Balcanes, de donde habrían emigrado hacia la zona carpática en oleadas sucesivas, del siglo IX al XIII. Esta teoría se basa en la desaparición del pueblo dacio a manos de los conquistadores romanos y en la evacuación de los colonos al sur del Danubio en tiempos de la retirada ordenada por el emperador Aureliano, en 271 d.C. La Dacia, ocupada sucesivamente por godos, gépidos y eslavos, volvería a recibir al alba de la Edad Media a los antiguos colonos romanos, ahora constituyendo el pueblo rumano, plenamente formado en la Península Balcánica.

Por el contrario, a favor de la continuidad daco-romana se han mostrado todos los historiadores rumanos desde principios del siglo XIX hasta la actualidad, apoyados por Mommsen, Patsch, Altheim y otros. Al principio, los argumentos eran de tipo lógico, razonando en contra de la imposibilidad del aniquilamiento del pueblo dacio o de la evacuación total de la población civil al sur del Danubio, siguiendo a la retirada de la administración y del ejército ordenada por Aureliano. Posteriormente, historiadores, arqueólogos, lingüistas y etnógrafos rumanos han recurrido a las fuentes escritas, las inscripciones, la onomástica traco-dácica, la toponimia y la arqueología para intentar probar esa continuidad daco-romana. Entre éstos, han destacado Pârvan, Constantin Daicoviciu, Russu, Macrea, Tudor, Glodariu o el mismo Protase, autor de la obra objeto de esta recensión¹.

1. La larga trayectoria investigadora de casi cincuenta años de Dumitru PROTASE se ha centrado

El gran problema es que esta importante cuestión no ha estado exenta de presiones e influencias políticas e ideológicas prácticamente desde la Edad Media y especialmente desde finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, cuando el Imperio Austro-Húngaro pretende combatir ideológicamente la pretensión rumana del derecho histórico sobre la Transilvania, basado en la idea de la continuidad daco-romana desde la Antigüedad. La historiografía rumana responderá en consecuencia, de forma unánime a favor de la continuidad, y esta situación de confrontación sobre los derechos históricos sobre la amplia zona perdura, aunque en menor medida, en nuestros días, cuando todavía una importante minoría húngara está presente en la región intra-carpática. Si los investigadores húngaros se postulan por lo general a favor de la discontinuidad, negando así los pretendidos derechos históricos rumanos sobre Transilvania, no es menos cierto que los investigadores rumanos han venido haciendo exactamente lo mismo, pero al revés, esto es, postulándose a favor de la continuidad daco-romana, que da origen al pueblo rumano en la zona intra-carpática, lo cual le

en el estudio de la continuidad daco-romana, como demuestran trabajos como «Considérations sur les rites funéraires des daces», *Dacia N.S.* VI, Bucarest, 1962, pp. 173-198; «Continuité des dacoromains en Dacie post-Aurélienne», *Dacia N.S.* VIII, Bucarest, 1964, pp. 177-193; «Les trésors monétaires de la Dacie romaine. Leur signification sociale-économique et ethno-politique», en *Congresso Internazionale di Numismatica, 1961*, vol. II, Roma, 1965, pp. 423-431; *Problema continuității în Dacia în lumina arheologică și numismatică*, Bucarest, 1966; *Riturile funerare la daci și dacoromani*, Bucarest, 1971; «Considérations sur la romanisation en Dacie», *Marisia X*, Tîrgu-Mures, 1980, pp. 53-64; «Consideratii privind antroponomastica traco-dacica și originea etnică a purtătorilor din inscripțiile Daciei române», *Revista Bistriței VIII*, Iasi, 1994, pp. 35-39.

da el derecho histórico sobre el territorio. Ser húngaro o rumano y no defender la tesis de la historiografía nacional propia es considerado bastante negativamente por el resto de los estudiosos pertenecientes a dicha historiografía. El problema histórico es también un problema político, ideológico, étnico y de identidad cultural. Con semejante situación, es comprensible –aunque no deja de sorprendernos– que en algunos momentos pueda observarse cierta parcialidad o incluso falta de respeto hacia las ideas contrarias, desde ambas historiografías. A mi modo de ver, la obra del profesor Dumitru Protase no es una excepción.

El lenguaje utilizado cuando se refiere a la tesis contraria, a los autores y a los argumentos utilizados por éstos es, en ocasiones, menospreciativo durante la introducción, en la que realiza un estudio del estado de la cuestión en el que, obviamente, predomina la visión rumana. Quizá se detecta, antes de pasar al análisis del aspecto formal, una convicción de estar en posesión de la razón, concediendo además la misma razón a todos los investigadores rumanos que, antes que él, se enfrentaron al mismo problema. El autor realiza una impresionante investigación en distintos campos y utilizando una gran diversidad de fuentes, pero da la impresión que conduce las pesquisas y las conclusiones en pos de un resultado que es exactamente el mismo que el alcanzado por toda la historiografía rumana a lo largo de los últimos dos siglos, esto es, la continuidad daco-romana. Puede que no se analicen profundamente las teorías contrarias de la historiografía húngara y que el profundo convencimiento de las tesis propias lleve a considerar «absurdas» las primeras, pero esta aparente debilidad no es un fallo personal, sino que es inherente al problema político que está en la base de esta controvertida cuestión en la tradición historiográfica rumana y también en la húngara. Afortunadamente, el profesor Protase ha sabido compensar esa debilidad historiográfica con

una investigación exhaustiva, fruto de un esfuerzo que su enorme convencimiento de tener la razón ha sabido estimular.

En lo que se refiere al punto de vista formal, el libro está perfectamente estructurado en dos partes: la primera de ellas se refiere a la Dacia romana, mientras que la segunda lo hace a la Dacia post-romana. En la primera (pp. 13-168), el autor estudia los posibles vestigios de la presencia de dacios romanizados en el territorio de la provincia, mediante un completo análisis que comienza por las fuentes narrativas (p.15) y continúa por la interpretación de los relieves de la Columna Trajana que pueden arrojar algo de luz sobre el asunto (p. 19). Se estudian también los nombres dácicos de lugares, ríos y tribus autóctonas (p. 26), así como los nombres de origen traco-dácico detectados en la onomástica de las inscripciones de la Dacia romana (p. 28), para dar luego al estudio arqueológico de los establecimientos rurales (p. 36), las necrópolis y los ritos funerarios (p. 52) y diversos objetos dácicos encontrados en las *villae rusticae*: cerámica, útiles de trabajo, piezas de decoración, elementos de vestimenta y tesoros monetarios pertenecientes a autóctonos. Una última parte dentro de esta primera sección del trabajo está dedicada a las unidades militares auxiliares integradas por dacios (p. 102) y a la presencia de civiles y militares de origen dacio en otras zonas del Imperio (p. 107). Tras revisar la romanización de la Dacia (p. 132) y la retirada del poder romano ordenada por Aureliano (p. 151), Protase realiza una breve recapitulación de las conclusiones obtenidas de cada uno de los diferentes apartados estudiados.

En el segundo capítulo, el autor constata la importancia de los vestigios arqueológicos, sobre los que se basa cualquier estudio de la Dacia post-romana. Un primer análisis se centra en los vestigios de la presencia de pobladores en las antiguas ciudades romanas (p. 174), para continuar con los vestigios

presentes en los antiguos campamentos de tropas auxiliares y en sus establecimientos civiles (p. 189), así como en las antiguas *villae rusticae* (p. 193) y establecimientos rurales (p. 196), llegando a unas constataciones generales (p. 220) que dan paso al análisis de las tumbas, necrópolis y ritos funerarios (p. 225) y de la circulación monetaria (p. 243). Este segundo capítulo termina con una revisión de diversos aspectos de la vida socio-económica y de la cristianización de los daco-romanos, estudiando la relación entre autóctonos y los pueblos en migración.

Las conclusiones de la obra (pp. 302-305) puede que sean demasiado breves para un problema de tanta importancia como el tratado y para todo el estudio arqueológico desarrollado, pero tampoco puede sorprendernos que el autor no tenga mucho más que añadir, ya que las conclusiones han sido dadas durante el transcurso de la lectura.

Técnicamente, la obra está muy bien desarrollada, incluyendo 10 mapas de la distribución de cerámica, tesoros monetarios, poblaciones, necrópolis, establecimientos, vestigios paleocristianos, etc. Igualmente, incluye 6 tablas al final del libro con las monedas de los emperadores desde el año 275 hasta el 610, distribuidas por localidades, en la Transilvania, el Bánato y la Oltenia. Otras tres tablas situadas en la parte central del libro dan cuenta de la distribución de objetos de factura dálica en la Dacia post-romana, tumbas de población autóctona y monumentos y objetos paleocristianos datados entre el 276 y el siglo VI d.C. Un gráfico interior nos ilustra sobre el comienzo y el fin de los establecimientos autóctonos investigados por las prospecciones y excavaciones arqueológicas. La utilidad de estas tablas, mapas y gráficos, un aparato visual desplegado para dotar a la obra de un mayor poder de convicción, es enorme a la hora de apoyar la tesis defendida, con una interpretación profunda y

crítica. La investigación arqueológica realizada es muy ilustradora, aunque se puede no estar de acuerdo con todas y cada una de las interpretaciones de cada vestigio. Por otra parte, se echa de menos la presencia de una abundante bibliografía que soportase todo el aparato arqueológico y que lo completase con interpretaciones históricas aún más profundas y críticas.

La obra de Protase es, así pues, el último exponente de la historiografía rumana a favor de la continuidad daco-romana en el territorio carpático, y gracias a su completa investigación arqueológica, toponímica, onomástica y numismática, resulta de obligada consulta para cualquier nuevo estudio sobre la controvertida cuestión planteada. En el aspecto interpretativo, quizá se pudiese esperar que ofreciera mayores novedades sobre los estudios precedentes del propio autor o de algunos de sus colegas rumanos, pero es una interesante aportación, y hay que agradecer al autor la redacción de la obra en una lengua que permite el acceso a su lectura en Europa Occidental. En cualquier caso, el problema planteado sigue muy abierto al debate, ya que hay aspectos que la obra no ha tratado. ¿Qué ocurre con determinados dialectos balcánicos de increíble semejanza a la lengua rumana, en los territorios de Serbia? ¿Su estudio podría ser un argumento a favor de la discontinuidad daco-romana en el territorio intra-carpático y de la llegada del pueblo rumano desde el sur del Danubio, quizás desde los territorios de las antiguas provincias romanas de Dacia Ripense y Dacia Mediterránea, creadas tras la retirada Aureliana de Dacia? ¿No podría haberse dado, de forma más probable, una conjunción de ambas teorías? Después de leer esta obra y otros muchos estudios sobre esta cuestión, parece bastante claro que se puede hablar a favor de la continuidad de los daco-romanos en la Transilvania, pero tendrá que estudiarse si, conjuntamente a esa continuidad atestiguada, no pudo darse en parte de

la población una discontinuidad, con el traslado al sur del Danubio tras la retirada Aureliana y un posterior retorno al interior de los Cárpatos, en época más tardía.

Esperamos fervientemente que, en la era de la construcción de Europa, cuando tanto Hungría como Rumanía estarán próximamente integradas en la Unión, las viejas y desfasadas pretensiones sobre el derecho histórico a la soberanía de los territorios desaparezcan y permitan que los futuros investigadores rumanos y húngaros puedan analizar el problema lo más imparcialmente posible, sin temor a las presiones historiográficas, sin temor a reconocer errores y a dar la razón al contrario, si se produce el caso, y en completa libertad para tratar el problema de la continuidad o discontinuidad daco-romana como lo que es, al margen de la política y de las ideologías: un problema histórico de identidad étnica y cultural.

Juan Ramón Carbó García

LEBEDYNSKY, Iaroslav: *Les Sarmates. Amazones et lanciers cuirassés entre Oural et Danube, VII^e siècle av. J.-C.-VI^e siècle apr. J.-C.*, Editions Errance, París, 2002, 272 pp.: il. [ISBN 2-87772-235-X].

El objeto de investigación de la obra que vamos a reseñar son los sármatas, uno de los grandes grupos de tribus nómadas de lengua irania de la Antigüedad, que sustituyeron a los escitas en un inmenso territorio que iba desde la llanura húngara hasta el río Ural, atravesando las estepas de Ucrania, Rusia y Kazajistán hasta zonas desconocidas para los geógrafos clásicos. Sin constituir jamás un imperio unificado y ni siquiera un pueblo homogéneo, sino un conjunto que conoció importantes transformaciones y recomposiciones a lo largo de su extensa historia, los sármatas jugaron un destacado papel político y militar en la Europa central y oriental, siendo además protagonistas de

intercambios culturales, tecnológicos y comerciales entre el Asia central, el Cáucaso, los pueblos «bárbaros» de la zona europea, las ciudades griegas de la costa del Mar Negro y el occidente romano. Su historia se remonta a los siglos VII y VI a.C., con la fase «saurómata», en los territorios de la actual Rusia meridional y el Kazajistán, y llega por lo general hasta el momento de las invasiones de los hunos y las grandes migraciones, a finales del siglo IV d.C., aunque su presencia se prolonga en la llanura húngara por dos siglos más, y su conjunción con los alanos, aparecidos en el siglo I d.C., llega hasta una época mucho más reciente con la historia de los alanos medievales del Cáucaso. Fueron un punto de contacto e intercambio de influencias culturales entre el Este y el Oeste y sirvieron de modelo para diferentes pueblos «bárbaros» europeos, así como para el mismo ejército romano.

Existe una descompensación bastante destacada entre el relevante papel jugado por los sármatas en la historia de la Antigüedad y el lugar muy modesto que ocupan en la conciencia histórica europea. La primera síntesis sobre los sármatas publicada en Occidente hizo su aparición en 1970¹ y constató entonces lo poco que quedaba de ellos: palabras de origen sármata (iranio) en las lenguas eslavas, los nombres de algunos pueblos eslavos, algunos topónimos europeos, cierta tradición de origen sármata que persistía en ciertos medios de la nobleza polaca... y eso sí, un número creciente de hallazgos arqueológicos, aunque eso era todo. Pero en cuestión de esos treinta años, la situación ha cambiado, porque las continuas excavaciones han proporcionado nuevos elementos para reconfigurar nuestra percepción de los sármatas. El intercambio de información entre la Europa oriental y occidental se vio favorecido por la caída del

1. SULIMIRSKI, T.: *The Sarmatians*, Praeger Publishers, Nueva York, 1970.

bloque de los países comunistas europeos y muchos países han constatado la importancia de sus raíces «bárbaras», no clásicas, a la hora de buscar sus identidades históricas y culturales. Se echaba en falta una nueva síntesis sobre los sármatas y Iaroslav Lebedynsky viene a proporcionárnosla, relatando su historia con una presentación del rico material arqueológico, que documenta sus movimientos, sus relaciones con otros pueblos, su modo de vida y diferentes aspectos de su cultura como su organización política y social, la organización militar y las técnicas guerreras, el arte o la religión.

El autor, profesor de historia de Ucrania en el Instituto Nacional de las Lenguas y Civilizaciones Orientales de París, es especialista en las culturas guerreras de la estepa y del Cáucaso, como demuestran sus numerosas publicaciones, en solitario² y con el —también especialista— profesor Vladimir Kouznetsov³.

La obra sigue el modelo de la publicada en la misma colección, *Les Scythes*, que presentaba de forma general a los nómadas de lengua irania, pero ha sido concebido para poder ser utilizado de forma separada de

aquél, lo que explica algunas repeticiones. Se utilizan las mismas fuentes históricas, arqueológicas, lingüísticas o antropológicas y se sigue el mismo método en general, con ligeras modificaciones, ya que el estudio de los sármatas tiene unos límites cronológicos y geográficos más amplios y menos delimitados que el de los escitas.

En la introducción (p. 7) se presenta el tema y se justifica la obra con un breve estado de la cuestión historiográfica. Quizá podría haber sido tratado de forma más extensa, pero el escaso número de estudios existentes lleva a dar por suficiente lo que el autor nos da. Enseguida se da paso al primero de los capítulos de la obra (p. 11), concebido a modo de presentación del pueblo sármata como tal. Se aborda el estudio de los nombres de tribus, la toponimia y la onomástica, así como el aspecto que habrían presentado los individuos, tanto en la fisionomía como en la vestimenta utilizada. Asimismo, se realiza un breve estudio de la lengua sármata, principalmente a partir de la onomástica y la toponimia.

El segundo capítulo (p. 29) está dedicado a la historia de los sármatas, expuesta de forma sucinta desde los orígenes hasta el fin del mundo sármata-alano de las estepas, pasando por las etapas de la expansión sármata, las grandes tribus, el problema alano y los contactos de los sármatas danubianos con Roma. En el siguiente apartado (p. 73) se procede a revisar los restos materiales de los sármatas, estudiados por la arqueología. Se muestra la periodización tradicional de las distintas culturas arqueológicas sármatas y después se analiza cada una de ellas, de forma sucesiva, hasta la época de las grandes invasiones. La última sección del capítulo se centra en los restos arqueológicos de los sármata-alanos en Occidente.

La cuarta parte (p. 149) analiza el poder político y la sociedad, con una especial atención al estatus eminente de las mujeres en su organización social, como «amazonas», reinas y «sacerdotisas». También se aborda en

2. LEBEDYNSKY, I.: «Draco, Dragon Standards East and West», *Flag Bulletin* 164, Winchester (EE.UU.), 1995; *Les armes traditionnelles de l'Europe centrale*, Ed. du Portail, La Tour du Pin, 1996; «Le vocabulaire guerrier ossète», *D'Ossétie et d'alentour* 3-4, París, 1997-1998; «Les emblèmes de l'Ossétie et leurs sources historiques», *D'Ossétie et d'alentour* 5, París, décembre 1998; «Les Alains du IV^e siècle vus par Ammien Marcellin», *D'Ossétie et d'alentour* 7, París, janvier 2000; «Des noms et des peuples: les noms ethniques des Ossètes et de leurs ancêtres», *D'Ossétie et d'alentour* 8, París, 2000; *Armes et guerriers barbares au temps des Grandes Invasions*, Errance, París, 2001; *Les Scythes*, Errance, París, 2001.

3. KOUZNETSOV, V. y LEBEDYNSKY, I.: *Les Alains, cavaliers des steppes, seigneurs du Caucase*, Errance, París, 1997; *Les chrétiens disparus du Caucase, histoire et archéologie du christianisme au Caucase du Nord et en Crimée*, Errance, París, 1999.

esas páginas el estudio de la evolución de las técnicas bélicas, desde el arquero a caballo hasta el lancero acorazado o catafracta, y el problema del nomadismo o sedentarismo de algunas tribus. Los dos últimos capítulos (p. 187 y p. 213) tratan respectivamente el tema de la vida intelectual y espiritual, y las relaciones e influencias culturales entre Asia y Europa mediante los sármatas.

Se echa de menos que el autor dedique un apartado de cierta extensión para exponer y justificar las conclusiones obtenidas de un trabajo meticuloso y muy completo, ya que la única página (p. 245) que sirve de conclusión parece muy escasa. Sí hay un buen número de anexos interesantes con la cronología del pueblo sármatas, la lista de etnónimos de los sármatas y de algunos pueblos relacionados, la lista de personajes sármatas, la toponimia considerada de origen sármatas en Occidente, el «sarmatismo» dentro de los mitos históricos eslavos y una bibliografía de la que la mayor parte de los títulos son muy recientes. Todos estos anexos se suman al increíblemente extenso aparato visual desplegado durante la obra, lo que, unido a la acertada estructuración de los capítulos y a la fluida redacción, facilita una lectura amena e interesante del libro incluso para los no relacionados con el tema o con este tipo de estudios. La obra de Lebedynsky es una destacada contribución al estudio de la importancia de las raíces «bárbaras», no sólo en la configuración de las identidades históricas y culturales de muchos países europeos, sino en la configuración de la identidad histórica y cultural de la misma Europa en su conjunto.

Juan Ramón Carbó García

BUSANA, Maria Stella: *Architetture rurali nella Venetia romana*, Roma: «L'Erma» di Bretschneider, 2002, 427 p. 150 ill. Recensione di Barbara Maurina-Giugno, 2004.

Il volume, anticipato nel corso degli anni '90 da diversi saggi dell'autrice¹, rappresenta la conclusione di una ricerca iniziata nell'ambito del Dottorato in Topografia condotto da Maria Stella Busana presso l'Università di Padova. Esso ha per oggetto gli insediamenti rurali del settore centrale della *Venetia romana* (agri di *Verona, Vicetia, Patavium, Atria, Opitergium, Iulia Concordia*), corrispondente grossomodo all'attuale regione Veneto. Tale studio si rendeva necessario, secondo l'autrice stessa, a causa della frammentarietà e disomogeneità dei dati editi relativamente a quest'area geografica, nonostante la recente pubblicazione di lavori di sintesi sugli insediamenti rurali dell'Italia del Nord, come quelli di Daniela Corlàita Scagliarini² e, soprattutto, di Marina De Franceschini³.

1. BUSANA, M. S.: *Aspetti tipologici nelle fattorie della Venetia centrale*, in SENA CHIESA, G.; ARSLAN, E. (a cura di), *Optima via*, Atti del Convegno Internazionale di studi *Postumia. Storia e Archeologia di una grande strada romana alle radici dell'Europa* (Cremona, 13-15 giugno 1996), Cremona, 1998, pp. 245-247; *Ruri aedificiorum rationes. Elementi per lo studio dell'insediamento rurale nella Venetia*, in *Campagna e paesaggio nell'Italia antica*, Atlante Tematico di Topografia Antica, 8, 1999, pp. 223-239; *Insediamenti rurali nella Venetia. Caratteristiche planimetriche e funzionali*, in *Abitare in Cisalpina. L'edilizia privata nelle città e nel territorio in età romana*, Atti della XXXI settimana di Studi Aquileiesi (23-26 maggio 2000), AAAd 2001, pp. 507-538.

2. In particolare SCAGLIARINI CORLÀITA, D.: *Le villae romane nell'Italia Settentrionale*, in ROFFIA, E. (a cura di): *Ville romane sul Lago di Garda*, Brescia 1997, pp. 53-86.

3. DE FRANCESCHINI, M.: *Ville romane della X regio, Venetia et Histria. Catalogo e carta*

L'obiettivo principale messo a fuoco dalla studiosa nell'introduzione (p. XVIII) è quello di comprendere la realtà insediativa ed economica di questo territorio attraverso la definizione delle caratteristiche architettoniche e funzionali dell'insediamento rustico. Sono stati presi in considerazione 42 complessi, tutti extraurbani, mentre sono stati esclusi dall'analisi gli impianti suburbani. La raccolta dei dati archeologici deriva essenzialmente dalla registrazione dell'edito, accanto alla consultazione della documentazione di scavo, quando esistente. L'autrice ha eseguito sopralluoghi sui siti considerati, ma soltanto in pochi casi è stata possibile un'analisi autoptica dei resti archeologici, in quanto la maggior parte di essi risulta ormai interrata. La studiosa ha poi scelto di analizzare soltanto i siti «indagati archeologicamente» (nel senso di scavati), dei quali poco meno della metà risultano messi in luce per un'estensione giudicata «significativa». Sono stati quindi esclusi dalla trattazione gli edifici individuati soltanto in superficie, dei quali non ci è dato sapere né la natura, né l'entità, né i modi attraverso i quali essi siano stati scoperti e registrati; dispiace tuttavia la loro esclusione, in quanto, forse, essi avrebbero potuto fornire qualche dato in più sulle dinamiche del popolamento rurale del territorio in età romana, sia in senso sincronico che diacronico. Tale prospettiva, che soltanto la ricognizione sistematica del territorio (anch'essa «indagine archeologica», per quanto non distruttiva) può fornire, rimane soltanto accennata nella seconda parte del libro (pp. 221-243) ma viene sviluppata in modo piuttosto frammentario e poco approfondito, proprio a causa della lacunosità e disomogeneità dei dati a disposizione. Si sarebbe forse potuta rivelare utile a questo scopo una

rielaborazione dei dati riportati nella *Carta Archeologica del Veneto*⁴, per quanto risalenti ormai alla seconda metà degli anni '80 - inizio anni '90.

Il libro è strutturato in tre parti: nella prima si ripercorre la storia degli studi e si propone una contestualizzazione di carattere ambientale, storico, topografico ed economico degli insediamenti presi in considerazione; la seconda parte consiste sostanzialmente in una riflessione complessiva sulla documentazione raccolta, in base soprattutto ad un'analisi di carattere architettonico, allo scopo di delineare un quadro della storia culturale, economica e sociale del territorio considerato; la terza parte del libro, infine, si presenta come un repertorio degli insediamenti, rappresentato da schede analitiche dei siti, disposte in ordine alfabetico.

Nella prima parte dell'opera, l'autrice ripercorre in primo luogo (pp. 3-21) la storia degli studi sull'insediamento rurale della *Venetia* a partire dagli anni '50 in poi, accennando *en passant* alle complesse problematiche sollevate, in particolare nel corso degli anni '80, dal vivace e articolato dibattito sui temi del sistema villa e del modo di produzione schiavistico nell'Italia peninsulare. Busana passa quindi a delineare un articolato quadro di riferimento di carattere geografico, storico, topografico ed economico (pp. 23-59), soffermandosi in particolare ad analizzare le caratteristiche ambientali e le risorse del territorio oggetto d'indagine, ampio e caratterizzato da una notevole varietà geomorfologica, andando dalla zona collinare e pedecollinare del territorio veronese fino alla fascia costiero-lagunare adriatica.

Nella seconda parte dell'opera, l'autrice dedica alcune pagine (pp. 63-66) alla

archeologica dell'insediamento romano nel territorio, dall'età repubblicana al tardo impero, Roma, 1998.

4. CAPUIS, L.; LEONARDI, G.; PESAVENTO MATTIOLI, S.; ROSADA G. (a cura di): *Carta archeologica del Veneto*, I-IV, Modena, 1988-1994.

questione terminologica relativa alla villa romana: un problema non di secondo piano, che forse avrebbe meritato un approfondimento maggiore, dal momento che, secondo i più recenti e autorevoli studi sull'insediamento rustico di epoca romana, il termine latino *villa* si caricherebbe di una forte connotazione di tipo sociale ed economico, essendo stato associato, almeno per il periodo compreso fra l'età tardo repubblicana e la prima età imperiale, con una precisa forma di sfruttamento agricolo intensivo del territorio⁵.

Stando alle fonti antiche della fine dell'epoca repubblicana e della prima età imperiale, rappresentate in particolare dalle opere precettistiche degli *scriptores de re rustica*, Catone, Varrone e Columella, con il termine «villa» i Romani indicavano un ampio complesso architettonico extraurbano dipendente da un *fundus* coltivato. In realtà, di fronte alla moltitudine di soluzioni architettoniche a cui poteva dare luogo l'associazione fra i due diversi aspetti funzionali, a seconda della posizione topografica dell'edificio, delle condizioni ambientali, dell'estro dell'architetto e, non ultimo, del gusto personale del *dominus*, non sempre risulta facile fornire un inquadramento preciso, anche dal punto di vista terminologico, di questa categoria di edifici, soprattutto quando si sia in presenza di scavi limitati in estensione o di strutture profondamente degradate. Un tratto tipico della villa romana risiede tuttavia nel fatto che alle tradizionali funzioni produttive proprie dell'edificio di campagna, essa associava di norma anche una funzione residenziale, che col tempo andò ampliandosi sempre più, raggiungendo non di rado il decoro e la raffinatezza delle *domus* urbane; al giorno d'oggi,

5. In particolare CARANDINI, A.: *La villa romana e la piantagione schiavistica*, in *Storia di Roma*, 4, *Caratteri e morfologie*, Torino, 1989, pp. 101-200, con bibliografia precedente.

riprendendo una distinzione terminologica risalente a Varrone⁶, è stato coniato il termine di «villa urbano-rustica» per indicare questo tipo di impianto⁷, distinto dalla semplice villa rustica, che si caratterizzerebbe invece per la presenza di un settore abitativo più sobrio. Secondo Busana, però, la constatazione dell'assenza di una terminologia latina specifica riferibile agli edifici rurali più modesti potrebbe autorizzare ad attribuire al termine *villa* un valore semantico assai più ampio e generico, al punto di poterlo utilizzare per designare qualsiasi insediamento di carattere abitativo e produttivo situato in ambiente extraurbano, indipendentemente dall'impegno architettonico e dalla dimensione economica. In effetti nel corso dell'opera la definizione *villa* viene spesso usata per indicare gli edifici rustici in genere, anche quando sono di entità molto modesta e in casi in cui non risulta ben distinguibile una parte residenziale rispetto a un settore rustico.

La studiosa passa quindi ad analizzare (pp. 67-97) in modo esaustivo il rapporto esistente fra gli edifici rustici della *Venetia* e il contesto territoriale (ambiente, viabilità, organizzazione agraria), mettendo a confronto la realtà documentata con le prescrizioni degli agronomi antichi, che nell'area geografica presa in considerazione risultano in gran parte rispettate.

Nelle pagine successive (pp. 99-140) viene affrontata l'analisi degli schemi planimetrici dei fabbricati rurali esaminati. Sulla base della documentazione disponibile, scarsa e frammentaria a detta della stessa autrice (le planimetrie disponibili non sono quasi mai complete) e attraverso il

6. VARRO: *rust.*, III, 2, 10.

7. Il tipo così definito rappresenta la «morfologia più canonica e completa» della villa e corrisponde sostanzialmente a quella che Varrone definisce *villa perfecta*: CARANDINI, A.: *La villa*, op. cit., pp. 108-109.

confronto di questa con quella relativa ad altri complessi rustici noti, Busana distingue tre schemi principali, così riassumibili: 1) edificio di piccole dimensioni senza aree scoperte interne; 2) edificio organizzato a «U» intorno a un'area scoperta (con quarto lato aperto oppure chiuso); 3) edificio a sviluppo lineare con loggia frontale.

Il primo tipo, definito «centrifugo» perché proiettato verso l'ambiente agricolo circostante, risulterebbe piuttosto raro nel territorio considerato, contrariamente a quanto attestato invece in area cispadana. Il secondo schema, che sembra aver riscosso un notevole successo nelle province occidentali dell'Impero Romano, sarebbe assai diffuso anche nella *regio X* e in particolare parrebbe tipico delle aree pianeggianti della *Venetia*, sia centuriate che non centuriate. Esso viene giudicato «centripeto» perché le attività rustiche si svolgerebbero prevalentemente all'interno del fabbricato. Negli edifici di maggiori dimensioni caratterizzati da questa seconda soluzione planimetrica, l'autrice rileva la frequente presenza di un ambiente principale nella parte centrale del lato di fondo del corpo di fabbrica, il quale sarebbe indice di un maggiore decoro architettonico e di un più elevato livello sociale ed economico dei proprietari. La studiosa vede non a caso questo schema applicato anche in una villa vesuviana a vocazione prettamente residenziale, quale quella della Pisanella a Boscoreale⁸.

A questa classificazione sfuggirebbero alcuni particolari complessi architettonici, come la Villa di Torre di Pordenone, che combinerebbe l'impianto accentrato con l'architettura scenografica e curvilinea delle ville panoramiche, e l'edificio di Servasa di Brentino. Per quest'ultimo l'autrice esclude la vocazione agricola sulla base delle caratteristiche planimetriche, anche se le testimonianze relative alla presenza di

«vasche, celle vinarie, utensili»⁹, per quanto non altamente attendibili e abbisognevoli di una verifica, indicherebbero invece l'esistenza di un settore destinato alle attività agricole. A proposito dell'interpretazione del fabbricato di Brentino va poi tenuto in considerazione il fatto che la struttura è stata scavata soltanto in parte, con metodo poco rigoroso e che la quasi totalità dei reperti mobili è andata perduta. Per questo impianto l'autrice sembra voler riprendere, sia pure con molta cautela, viste le riserve avanzate a suo tempo da Bosio, l'ipotesi dell'identificazione con una *mansio*, non escludendo tuttavia la possibilità che si tratti di un impianto artigianale destinato alla lavorazione del ferro. A questo proposito, tuttavia, ricordiamo che se è vero che gli scavi rilevarono la presenza di scorie di fusione, esse non sembrano presenti in quantità tali da giustificare l'ipotesi di una produzione su vasta scala, e comunque non risulta oggi più possibile mettere in relazione tali reperti con la sequenza stratigrafica.

Per quanto riguarda il terzo schema planimetrico, quello a sviluppo lineare con loggia frontale, mentre esso appare particolarmente diffuso nelle province occidentali del Nord Europa, sembra invece poco rappresentato nella *Venetia*, dove sarebbe riconoscibile con un buon margine di sicurezza solo in un caso, a Villa Bartolomea, località Venezia Nuova.

In conclusione, secondo l'autrice, nonostante il campione limitato e le conoscenze parziali della planimetria degli edifici, si può affermare che nell'area geografica considerata sono attestate entrambe le grandi categorie tipologiche della villa elaborate dagli studiosi nel corso della seconda metà del '900: lo schema

9. ARIOLDI, F.: *A Servasa i mattoni con l'impronta del pesce attestano l'alba del cristianesimo in Val Lagarina*, «I quattro vicariati e le zone limitrofe», 58, II, 1985, p. 114.

8. CARANDINI, A.: *La villa*, op. cit., p. 171.

raccolto (*plan ramassé*) e quello lineare (*plan rectangulaire allongé*), con la netta prevalenza del primo. Questo sarebbe caratterizzato da un rigoroso geometrismo ortogonale, dalla predilezione dell'impianto a «U», dalla dilatazione dimensionale di tale schema, che presenta non di rado l'apertura sul quarto lato: tendenze che si ritroverebbero anche in complessi provinciali più tardi. Poiché lo schema organizzato attorno a un'area scoperta costituirebbe la formula planimetrica originaria dell'insediamento rurale romano elaborata in area centroitalica¹⁰, il fatto che esso si ritrovi sviluppato in maniera originale in ambito veneto nella prima età imperiale e nelle province nordoccidentali in seguito, potrebbe indicare secondo l'autrice che la *Venetia* centrale abbia svolto un importante ruolo di tramite nella diffusione della tipologia delle *villae* centroitaliche nei territori settentrionali dell'Impero.

Riguardo all'articolazione, all'organizzazione interna degli spazi e al rapporto fra parte residenziale e parte produttiva (pp. 138-205), gli edifici rustici della regione indagata rispetto alla *villa perfecta* centroitalica presenterebbero un'originalità ravvisabile nell'assenza (a parte il caso di Brentino, che però, come già accennato, non viene interpretato come una villa vera e propria) dell'impianto bipolare e assiale con giustapposizione fra *pars urbana* e *pars rustica*. I due settori sembrerebbero infatti coesistere, sebbene formati da spazi fra loro separati, e non sarebbe mai individuabile un vera e propria

parte urbana. Nel considerare questo aspetto, che appare porsi in contrasto con i dettami degli autori antichi, è difficile allontanare il dubbio che l'incompletezza e la frammentarietà dei resti architettonici e delle planimetrie rilevate non abbia sempre consentito un'esaustiva lettura dell'articolazione e della funzionalità degli spazi, tantopiù che per l'interpretazione della destinazione d'uso dei locali non sempre l'autrice si è potuta basare sui dati materiali, ricorrendo piuttosto alla considerazione dei criteri dimensionali e all'interpretazione della dislocazione e dell'esposizione degli ambienti. Inoltre, la messa in rilievo di questo aspetto insinua il dubbio se possa essere metodologicamente corretta la messa a confronto fra edifici rustici che in gran parte presentano dimensioni ridotte e impegno architettonico relativamente modesto e le assai più complesse ville urbano-rustiche di area centroitalica. Tale impressione viene rafforzata dalla constatazione dell'assenza, negli edifici dell'area esaminata, di spazi interpretabili come alloggi servili, che invece nelle ville centroitaliche rappresentano un elemento essenziale per il funzionamento del sistema economico-produttivo che tali complessi architettonici rappresentano. Ciò viene messo dall'autrice in rapporto con l'assenza nella regione di testimonianze epigrafiche relative a *villici*, che sarebbe indice della permanenza del *dominus* nel suo potere e con l'esistenza, in questo territorio, di un modo di produzione diverso da quello schiavistico, basato sullo sfruttamento di manodopera libera. Questa ipotesi, che costituisce l'unico accenno dell'autrice ai modi di produzione e alle modalità di sfruttamento del territorio di cui l'architettura rurale è testimonianza, è assai interessante, anche perché implicherebbe tra l'altro che i proprietari delle aziende agricole esaminate non appartenessero alle aristocrazie cittadine residenti in città. Un argomento,

10. Busana accoglie l'ipotesi che il più antico esempio di applicazione di questo modello planimetrico a un impianto di carattere rustico sia da vedere nella prima fase, risalente alla seconda metà del VI secolo, dell'edificio messo in luce durante i lavori per la costruzione del nuovo Auditorium di Roma (su cui si veda da ultimo TERRENATO, N.: *The Auditorium site in Rome and the origins of the villa*, JRA 14, 2001, pp. 5-31).

quest'ultimo, che meriterebbe forse un ulteriore approfondimento in futuro.

Gli ambienti residenziali (pp. 145-170) negli edifici esaminati si presentano distribuiti secondo diverse soluzioni planimetriche; si distinguono soprattutto per la presenza di elementi di decoro architettonico, fra cui in particolare i mosaici, numerosi, di cui si opera una breve ma esaustiva disamina, mentre assai rare appaiono le testimonianze relative ai rivestimenti parietali. Fra le particolarità di carattere planimetrico, l'autrice individua una precoce diffusione delle aule absidate (dieci i casi), di cui però risulta difficile stabilire cronologia e funzione; l'ipotesi formulata dalla studiosa è che questi ambienti, che a parte un solo caso non sembrano attribuibili a settori balneari, avessero una funzione più simbolica che pratica. Mentre ambienti riscaldati a ipocausto compaiono soltanto in insediamenti di grande impegno architettonico, un *balneum* è riconoscibile unicamente nella grande villa di Torre di Pordenone, che, a parere dell'autrice, rivelerebbe un adeguamento precoce ai modelli dell'Italia centrale; che cosa questa «anomalia» potesse significare in termini economici e sociali nell'ambito della *Venetia* centrale non viene specificato.

Anche dei settori rustici (pp. 170-205) vengono prese in considerazione le caratteristiche planimetriche e tecniche. In particolare la studiosa esamina i resti relativi alle strutture produttive, dai torchi ai granai, ai magazzini. I *torcularia* nella regione analizzata risultano limitati e di dubbia interpretazione. In particolare, da un lato l'assenza di elementi lapidei attribuibili a torchi a leva tradizionali ingenera l'ipotesi dell'impiego di una variante del torchio a leva o di un torchio mobile a vite diretta. Dall'altro, soprattutto nell'area collinare veronese, dove doveva essere prodotto il *vinum Raeticum*, accanto alle testimonianze della pressatura meccanica vi sarebbero forti

indizi di una lavorazione dell'uva attraverso semplice pigiatura (*calcatória*).

Un genere di struttura di carattere produttivo molto interessante e che nella zona esaminata sembra attestato in più casi è quello degli essiccatoi, ambienti riscaldati a ipocausto impiegati per essiccare prodotti agricoli, cereali soprattutto, ma anche per accelerare la fermentazione e/o favorire l'invecchiamento del vino. Particolarmente interessante e curioso risulta il fatto che tali impianti non troverebbero a tutt'oggi confronti in ambito italico, mentre risultano assai diffusi in Britannia e in Gallia settentrionale.

Busana dedica alcune pagine alle dimensioni degli edifici (pp. 207-210), ritenute importanti dal punto di vista economico e sociale, soprattutto in considerazione della proporzionalità fra *villa* e *fundus*. Tuttavia, soltanto di quattro edifici si conosce l'intera planimetria, mentre per altri quindici essa è solo ipotizzabile. Sulla base della documentazione esistente, pur nell'estrema varietà delle dimensioni (da poche centinaia ad alcune migliaia di metri quadrati), la studiosa ricava l'esistenza, fra la fine del I secolo a.C. e la metà del I secolo d.C., di due principali ordini di grandezza, per la verità un po' generici: edifici di dimensioni molto ridotte ed edifici di dimensioni più considerevoli (particolarmente concentrati nella fascia costiero-lagunare). Ulteriori ipotesi sull'estensione delle aziende e delle relative proprietà risultano impossibili a causa dell'eccessiva parzialità dei dati a disposizione.

Nelle pagine successive (pp. 211-213) viene presentata una esaustiva e articolata rassegna dei materiali e delle tecniche edilizie impiegati negli impianti presi in considerazione. Purtroppo, a corredo di questa parte compaiono soltanto due fotografie e un disegno, mentre l'argomento avrebbe meritato di essere illustrato attraverso una documentazione grafica e

fotografica dei manufatti archeologici più ampia e dettagliata.

La seconda parte del libro si conclude con una discussione sulle forme e sull'analisi diacronica dell'insediamento rurale nella *Venetia* centrale (pp. 221-225; pp. 227-243). L'indagine effettuata attesta la presenza di tre tipi di edifici rurali nella prima età imperiale: piccole fattorie, aziende modeste e aziende più estese. A partire dalla fine del I e dal II secolo è documentata la presenza di edifici di maggiore pregio. Sulla base della terminologia impiegata da Varrone, l'autrice ritiene possibile definire *villae rusticae* le aziende agricole di modeste dimensioni e con *pars urbana* sobria (in sostanza i primi due tipi), *villae urbanae et rusticae* quelle caratterizzate da un settore residenziale dotato di elementi decorativi tipici delle *domus*. Vi sarebbero poi degli *unica*, casi particolari interpretabili forse non come ville vere e proprie ma in un caso come agglomerato (Costabissara), in tre casi come stazioni stradali (Torretta, Corte Cavanella, Servasa di Brentino, che potrebbe anche rappresentare un centro produttivo o commerciale connesso al passaggio di un'arteria stradale importante).

Come spiega la stessa autrice nell'introduzione, non è stato quasi mai possibile distinguere l'articolazione diacronica relativa degli edifici e anche la datazione assoluta è risultata ardua, a causa della mancanza di uno studio sistematico dei reperti mobili. Ciononostante la studiosa, sia pure con cautela, tenta di delineare uno sviluppo diacronico dell'insediamento: sulla base dei reperti ceramici in particolare, gli edifici sembrano tutti collocarsi nella prima o media età imperiale. Il primo popolamento stabile e diffuso nella regione risalirebbe alla fine del I secolo a.C. – inizio del I secolo d.C. La presenza di ceramica di tradizione protostorica e monete tardorepubblicane residuali insinua tuttavia il sospetto

dell'esistenza di insediamenti rurali precedenti. Nella zona pedecollinare e collinare l'attestazione di piccole fattorie e ville più o meno estese rinvierebbe a un'organizzazione agraria basata su proprietà frazionate di dimensioni piccole e medie. Nella fascia lagunare-costiera si trovano invece edifici di dimensioni rilevanti, in merito ai quali non si accenna al tipo di organizzazione fondiaria e produttiva a cui essi dovevano essere legati. Alla fine del I secolo d.C. si riconoscerebbero chiaramente in alcune aree i segni della crisi economica che coinvolse tutta l'Italia, soprattutto nella bassa pianura; tra la fine del I e la metà del II secolo terminerebbero in particolare gli insediamenti degli agri centuriati a NE e SE di Padova e verso la metà del II secolo si verificherebbero abbandoni anche nell'agro meridionale di Concordia. I siti che superando l'*impasse* arrivano al IV secolo sarebbero quelli di maggiori dimensioni. I segni della crisi inducono la studiosa a ipotizzare da un lato la formazione di una proprietà fondiaria di maggiori dimensioni e dall'altro l'abbandono di ampie aree coltivate nelle Valli Grandi Veronesi. Nell'area collinare e pedecollinare, invece, a partire dal I secolo d.C. si verificherebbe una crescita progressiva, indicata dalla costruzione di nuove ville lussuose e dal potenziamento dei settori produttivi degli impianti esitenti. L'autrice ipotizza che tale vitalità dell'agricoltura, testimoniata anche dall'epigrafia, che sembrerebbe perdurare fino all'epoca tardoromana, sia attribuibile all'elevata qualità del *vinum raeticum* che qui veniva prodotto. A questo proposito sarebbe stato interessante mettere tale dato a confronto con la contemporanea crisi della produzione vinicola nell'Italia centromeridionale tirrenica, il conseguente calo delle esportazioni anforarie di quell'area geografica e il parallelo incremento, sui mercati di Roma, dei contenitori da trasporto prodotti nella parte

nordorientale della penisola¹¹. D'altro canto, la fine della produzione delle Dressel 6A, destinate tra l'altro al trasporto del vino prodotto nella *Venetia*, fra la fine del I secolo e la prima metà del II secolo d.C., che dovrebbe indicare una crisi della produzione o perlomeno un mutamento nella produzione agricola dell'area considerata, non sembra trovare riscontro nei dati qui riportati.

Una notevole vitalità economica e produttiva sembra testimoniata anche nell'alta pianura vicentina, dove le caratteristiche del territorio consentono la pratica di un'economia mista. La crisi si sentirebbe poco anche nella fascia costiero-lagunare, che manterrebbe una funzione strategica nello smistamento e nello scambio dei prodotti.

Non viene preso in considerazione, probabilmente per mancanza di dati in proposito, il tema della fine delle ville romane e del sistema produttivo che esse rappresentavano.

La terza parte del libro (pp. 245-379) consiste in un repertorio degli insediamenti rurali. Questo è preceduto da una breve storia degli scavi e delle ricerche, iniziati nella seconda metà dell'800. A partire dagli anni '80 del 1900 sono oltre venti gli edifici rustici scavati dalla Soprintendenza Archeologica del Veneto, ma dalla trattazione dei singoli siti sembra potersi dedurre una carenza di dati di carattere stratigrafico sia relativamente ai depositi, sia relativamente alla stratigrafia degli alzati.

11. Si vedano a questo proposito le osservazioni di CARANDINI, A.: *L'economia italica fra tarda Repubblica e medio Impero considerata dal punto di vista di una merce: il vino*, in *Amphores romaines et histoire économique. Dix ans de recherche*, Actes du colloque de Sienne (22-24 Mai 1986) organisé par l'Université degli studi di Siena, l'Université degli studi di Roma-La Sapienza, le Centre National de la Recherche Scientifique et l'École française de Rome, Rome, 1989, pp. 505-521 (in particolare p. 517).

Nella descrizione e interpretazione dei siti, che prendono in considerazione contesto ambientale, sviluppo planimetrico, analisi funzionale e dati cronologici, si avverte uno squilibrio fra alcuni contesti trattati in modo dettagliato ed esaustivo, ed altri meno ricchi di informazioni; ciò è da imputare evidentemente da un lato alla ineguale conservazione dei siti stessi, dall'altra allo stato della ricerca, alla frammentarietà e discontinuità della raccolta dei dati, e all'eterogeneità delle fonti consultate dall'autrice.

Un'ultima osservazione: le planimetrie degli edifici sono sempre rielaborate, mentre non viene illustrato il rilievo dell'esistente, che sarebbe invece sempre opportuno mettere a disposizione del lettore.

Barbara Maurina

LAURENCE Ray and BERRY Joan (2001): *Cultural Identity in the Roman Empire*. Routledge Ed. London and New York. 205 pp., 5 Láminas, 20 Figuras y 4 Tablas. ISBN: 0-415-24149-9

El concepto de «romanización» ha ido cambiando desde principios de siglo hasta la actualidad. Surge parejo a una analogía entre las relaciones culturales del Imperio Romano y los «Bárbaros» y el Imperio Británico de la Era Victoriana con sus colonias. En la década de los noventa del pasado siglo, a raíz del desmoronamiento del Imperio Británico surge una nueva generación de investigadores anglosajones que tratan de revisar el mencionado concepto. En este contexto debemos encuadrar a los autores de esta controvertida recopilación de once artículos que comienza a partir de una premisa revisionista sobre lo que se entiende por «cultura romana».

Argumentan que este concepto ha sido definido de manera unívoca y simplista. Por

ello en este complejo y diverso ensayo se comienza una novedosa línea de investigación tratando de aportar teorías y modelos alternativos. Pretenden alejarse de la noción previa que supone comprender la identidad cultural a través de todo el Imperio Romano, como una dicotomía entre los invasores imperiales y los bárbaros conquistados.

El trabajo examina los conceptos de etnicidad, ciudadanía y romanización para determinar qué constituye la identidad cultural en el Imperio Romano. Los autores se sirven de las investigaciones más modernas y se basan en diversas perspectivas teóricas y metodológicas. Las disciplinas científicas de las que parten varían desde Arqueología, Estudios Clásicos e Historia Antigua para cambiar nuestras concepciones básicas sobre la «romanización» y cómo la cultura romana llega a ser incorporada a diversas partes de Europa.

Ray Laurence y Joanne Berry eligen la prestigiosa editorial Routledge como prueba del alto nivel científico, tanto a escala teórica como empírica, en el que se desenvuelven. Ray Laurence pertenece al Departamento de Clásicas de la Universidad de Reading y ha publicado títulos de la categoría de *The Roads of Roman Italy: Mobility and Cultural Change* (Routledge 1999) y *Roman Pompeii: Space and Society* (Routledge 1994). Por su parte, Joanne Berry pertenece a la sección de Estudios Italianos del British School en Roma y versa sus investigaciones sobre las casas romanas en Pompeya.

Tanto desde la arqueología, como desde la historia antigua, se han abordado estos temas a través de diferentes puntos de análisis, aunque raramente ha habido comunicación interdisciplinar desde el desarrollo de sus posturas iniciales. Esta obra pretende la inclusión de contribuciones conjuntas por parte de ambas disciplinas científicas.

Apropiadamente comienzan el estado de la cuestión analizando la clave para

comprender la identidad romana en el imperio romano: Una clara concepción de cómo los romanos se ven a sí mismos y lo que les distingue como «romanos». «Romano» no se refiere a etnicidad, nación, grupo lingüístico, o descendencia común, se refiere directamente a una ciudadanía común.

El segundo de los artículos a cargo de David Braund, profesor de Historia del Mar Negro y Mediterránea en el Departamento de Clásicas e Historia Antigua de la Universidad de Exeter, concentra la propia imagen de Roma en las provincias. Focaliza en el papel del gobernador y de su entorno así como se produce el establecimiento provincial. Argumenta como Roma y los romanos fueron presentados a los habitantes de las provincias a través de las acciones del gobernador (desde la legislación se pasa a controlar esta imagen de Roma y a prevenir el posible abuso de poder del gobernador). Continúa con la identidad del gobernador y como ésta era comprobada en todo momento. Un gobernador podría ser reemplazado ante la posición peligrosa de mantener el poder absoluto, término entendido por la República como atribución de otros reyes. Normalmente el gobernador protege las provincias y promueve los valores culturales romanos, respetando la presencia de otras entidades culturales. Lo crucial para Roma era el control político de las provincias conquistadas.

Un tema similar es propuesto por Peter van Dommelen del Departamento de Arqueología de la Universidad de Glasgow en el capítulo tercero, basado en la aculturación en *Sardinia*, donde se produce la presencia de dos poderes coloniales. Cartago y Roma. En el período siguiente a la conquista romana, los sardos no adoptan las formas romanas de cultura material sino que tienden a continuar utilizando material importado claramente púnico. Aparentemente muestra clara como resistencia al colonialismo romano. Miembros individuales de élites locales parecerían haber

escogido tanto la cooperación y adaptación de formas culturales romanas como la continuación de sus formas culturales tradicionales (sardas y púnicas). Este proceder puede ser visto por el gobernador y su entorno como una adhesión a la identidad romana, además de cómo una política ventajosa para las élites locales. El autor reemplaza una aparente oposición binaria de poder colonial y nativo por una relación triple basada en dos poderes coloniales y una simple población nativa. Dejando a un lado el planteamiento unívoco de «romanización» y de simple oposición entre conquistador y población aculturada nos descubre una compleja trama de interacción entre la élite local y el entorno del gobernador, como contacto directo entre Roma y los nativos en las provincias.

En el siguiente artículo, Eireann Marshall del Departamento de Clásicas e Historia Antigua de la Universidad de Exeter, en su estudio de Cyrene encuentra tres identidades definidas (romana, griega y libia). Interpreta el mito de su fundación (tanto en Calímaco, como en Píndaro) como el papel de mezcla intercultural entre colonos griegos (los hombres) y los libios (las mujeres). Se sirve del uso del paisaje urbano para mostrar como es difícil, sino imposible, generalizar sobre el desarrollo de las ciudades latinas en oposición a la conquista romana, con particular énfasis en las construcciones de tipo comunal. Los cambios aparecerían como negociaciones individuales de cada ciudad en sus relaciones con Roma. No obstante, las ciudades con sustrato griego del sur latino, se utiliza su propio origen local para expresar ideales de identidad.

Posteriormente David Petts, estudiante investigador del Departamento de Arqueología de la Universidad de Reading, analiza como el paisaje rural podría igualmente ser utilizado para expresar un significado relacionado con la ideología y el poder. En este caso los numerosos monumentos prehistó-

ricos de la region de Wessex son utilizados no como simples recursos económicos sino como obras repletas de significado cultural en el contexto del período romano. Las prácticas agrícolas y las construcciones de tipo civil respetan los monumentos mencionados y los reutilizan como enterramientos a finales del período romano.

En el capítulo séptimo Ray Laurence estudia las distinciones culturales que se realizan a partir de la geografía de Estrabón y otros geógrafos en la región italiana, basándose en la indumentaria, costumbres, lenguas e historia. La descripción se organiza a partir de diferentes grupos étnicos. Estas interacciones entre los diversos grupos y un territorio definido puede ser mostrado como un «constructo» de la Antigüedad, ya que si se interpretan como auténticos pueblos de Italia, se caería en el error de dar validez a las arbitrarias asociaciones realizadas por un extranjero (Estrabón) y desconocemos cuáles serían los rasgos propios de su identidad.

El siguiente capítulo, a cargo de Alex Woolf del Celtic and Early Scottish History and Culture de la Universidad de Edinbrough, también hace referencia a las relaciones entre grupos étnicos y su asociación a un territorio, en este caso de *Britannia*. Su contexto es bastante diferente al Mediterráneo, por lo que las categorías analíticas en la evaluación de las ciudades debe variar debido a su tamaño y por lo tanto también las unidades socio-políticas que lo controlan. Woolf se encuentra con un problema inicial y es la inoperatividad en cuanto a la aplicación del modelo del Mediterráneo que salva con la aplicación de modelos culturales de la Irlanda de la Alta Edad Media donde el clan y el jefe se adaptan mejor a las unidades socio-políticas que pretende estudiar. La importancia del significado de estas formaciones sociales se encuentra entre el jefe nativo y el gobernador romano. La supervivencia de elementos culturales de carácter lingüístico, como son las lenguas

celtas podría suponer una resistencia a los valores culturales romanos, pero el autor destaca la pervivencia de lenguas romances en el sur de Gales, y puede ser muestra de cómo las élites en su mediación con el gobernador, llegan a ser o a sentirse «más romanas» en esa interacción social entre el poder de Roma y el resto de los nativos.

A continuación Raphael Isserlin, asistente arqueológico en el Central Archeological Services English Heritage, Ford Cumberland, Eastney, Portsmouth; cuestiona la visión generalizada de *Britannia* como parte diferenciada del resto del Imperio Romano. El punto de mira de los investigadores residía en el estudio de la arquitectura en conexión con el desarrollo de la provincia. En términos de identidad cultural el uso del mármol y el desarrollo del estilo arquitectónico toma un nuevo impulso que según las argumentaciones de Isserlin debería ser encuadrado en otra perspectiva en términos de cambio cultural.

Mark Graham del Departamento de Arqueología de la Universidad de Southampton, intenta atisbar rasgos de identidad romana a partir de las casas pompeyanas. Estableciendo una tipología en cuanto a ciertos elementos, *atrium* y *peristilum*, y su comparación con lo expuesto por Vitrubio identifica como sus propietarios eligen dichos elementos sobre la base de su estatus y riqueza. Y de cómo estas caracterizaciones se van a transformar en símbolo de las élites locales hasta tal punto, en cuanto a su imitación, que se puede distinguir una tradición arquitectónica inventada «italianizante» para ostentar mayor prestigio social.

Los gladiadores fueron percibidos por la sociedad romana como un grupo de gente que estaban fuera de los círculos normales del sistema social por un lado y muy mal visto por otro. Valerie Hope del Departamento de Estudios Clásicos de la Open University, Walton Hall, Milton Keynes; se centra en el estudio de la abundante epigrafía hallada en Nîmes sobre sus enterramientos.

Estos pueden ser vistos como un ensalzamiento de las glorias alcanzadas individualmente, pero también como un vínculo de identidad como hace hincapié su etnicidad (hispanos, galos, tracios, griegos y árabes). Las fórmulas correspondientes a sus epitafios incluyen su categoría social de origen (soldados, libertos, *augustales*). Además se recalca su exclusividad como grupo social al mencionarse su homogeneidad tanto en su relación entre la vida y la muerte y en su exclusión del resto de la sociedad. La autora plantea como esa forma de integración en un grupo social de pertenencia podría ser su estatus marginal a través de un reconocimiento más que como individuos como una *familia*.

El material gráfico aparece incluido en el texto, pero destaca que aparezca referido en su correspondiente índice y es de gran utilidad un *index* al final en el que nos encontramos los principales conceptos así como los lugares y autores mencionados en la publicación. Paralelamente, la bibliografía no es excesivamente extensa, como corresponde en obras de este tipo aunque varía dependiendo del artículo.

El título elegido pretende recoger fielmente la pretensión de los editores, aunque se deja entre ver cómo la entidad de un estudio de estas dimensiones excede ampliamente la temática de los artículos recogidos. Cuestión que puede llevar inicialmente a engaño al lector. Aunque se recoge de una manera sucinta una serie de temas complejos se echa en falta algún artículo que hablara específicamente sobre las fronteras. ¿Cómo se dan esas relaciones de las élites locales que tanto se mencionan en territorio asiático por la importancia del sustrato helenístico en dicha zona? o ¿cómo se manifiestan esas interacciones sociales en territorio dacio, ante la presencia militar romana conjugándose intereses económicos y de identidad cultural por parte de las élites locales?

El planteamiento de cada artículo es novedoso y riguroso a pesar de la complejidad que entraña y la metodología es muy cuidada, aunque en ocasiones pueden caer en el error de emitir hipótesis que aún deben confirmarse. La comunidad arqueológica ha concentrado sus esfuerzos en la excavación de casas y poblados de la élite y ha ignorado casi totalmente los de apariencia de menos riqueza, con lo que se dificulta el estudio de los grupos no elitistas que proporcionarían un complemento a las investigaciones de este campo.

No obstante, nos encontramos ante una obra de carácter básico para comprender la complejidad del proceso de «romanización» independientemente de la provincia o del período cronológico dentro del Imperio Romano. Un tema tan apasionante y controvertido por el interés que suscita dentro de la comunidad científica, sin duda impulsará este tipo de estudios en el futuro cubriendo el vacío bibliográfico existente. Por todo ello concluimos animando a su lectura y esperando recibir nuevos ejemplares de semejante calado.

José María García Sáez

MORILLO CERDÁN, A. (Coord.): *Arqueología militar romana en España*. Madrid, *Anejos de Gladius*, 5. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Ediciones Polifemo, 2002. 718 pp. ISBN 8400081064.

Bajo este título se han reunido las Actas del *I Congreso de Arqueología Militar Romana en Hispania*, celebrado en la Universidad SEK-Segovia durante los días 5 y 7 de noviembre de 1998, que siguiendo el modelo de otros eventos similares organizados fundamentalmente en el ámbito anglosajón, como el *Congress of Roman Frontier Studies* y el *Roman Military Equipment Conference*, reunió a la mayor parte de especialistas en el tema para poner al día y dar a

conocer los resultados de sus más recientes investigaciones en el ámbito de la arqueología militar romana en Hispania. De la buena acogida de esta iniciativa y de los resultados obtenidos en ella dan buen testimonio esta publicación y la celebración del *II Congreso de Arqueología Militar Romana en Hispania*: «La Arqueología Militar Romana en Europa», celebrado también en la Universidad Internacional SEK-Segovia, durante los días 3 y 16 de julio de 2001. Aunque los problemas existentes en la publicación de una obra de estas características han retrasado su aparición, no han impedido, sin embargo, que saliera a la luz gracias a los esfuerzos conjuntos del coordinador científico del congreso y del Instituto de Estudios de Armas Antiguas del CSIC.

Sin duda alguna, el origen del citado congreso y de esta publicación son el resultado del desarrollo y los avances que en el campo de la arqueología militar romana ha habido en España durante los últimos años. Gran parte de culpa en este desarrollo la tienen las recientes intervenciones arqueológicas, muchas de ellas de urgencia, realizadas por consolidados equipos de arqueólogos en el solar de algunas de nuestras modernas ciudades, especialmente de las ubicadas en una franja situada al norte del río Duero, que han puesto de manifiesto el origen campamental de algunas de ellas o que han mejorado el conocimiento que se tenía de algunos campamentos ya localizados como son los casos de *Legio VII*, Rosinos de Vidriales, Herrera de Pisuerga, Ciudadela y *Aquis Querquennis*, por citar sólo algunos ejemplos.

Aunque el título de esta obra alude a la arqueología militar, los contenidos de la misma no se han reducido únicamente a este campo ya que en ella también han tenido cabida, entre otros, los aspectos históricos, hecho que ha servido para enriquecer enormemente el congreso y, consecuentemente, este volumen. La publicación ha mantenido

la estructura original del congreso en tres grandes bloques destinados a diferentes temas. El primero de ellos encabezado bajo el epígrafe *Implantación y estrategia militar romana durante los períodos republicano y altoimperial* (pp. 19-119) recoge cuestiones de tipo general sobre el asentamiento de las tropas romanas durante época republicana y altoimperial, tomando diferentes aspectos de la misma. Así, junto a aspectos generales como las ponencias de A. Morillo Cerdán, centrada en la estrategia y asentamiento militar durante los inicios del imperio (período augusteo y dinastía Julio-Claudia, pp. 67-93) y de J. M. Solana Sainz, sobre las unidades militares desde la dinastía Flavia hasta la llegada al poder de Septimio Severo (pp. 95-119), coexisten análisis más particulares dedicados a los aspectos económicos de los asentamientos (M^a Paz García y Bellido sobre las labores mineras en Hispania de los primeros asentamientos militares pp.19-46) o a cuestiones culturales y materiales como los motivos formales de los monumentos funerarios de los militares al norte del Duero (J. A. Abásolo, pp. 47-66), aspecto de vital importancia para entender en muchas ocasiones la interacción entre los militares y la sociedad civil en toda esta zona.

La segunda parte o bloque de la obra lleva como título *Los asentamientos militares republicanos y altoimperiales: epigrafía, arquitectura y equipamiento*. Se trata de la parte más voluminosa (pp. 123-574) y, en gran medida, es la que más se corresponde con el objeto mismo del congreso. En ella se exponen las principales novedades que desde el punto de vista arquitectónico y de cultura material han tenido lugar en los últimos años relacionados con el mundo militar romano en España. Este bloque se encuentra dividido a su vez en dos partes bien diferenciadas, siendo la primera de ellas la destinada a los aspectos arqueológicos y materiales (pp. 123-492) y la segunda a lo que podíamos denominar aspectos o

elementos históricos (493-574). Esta división, que no es nuestra ya que aparece en el propio índice de la obra, responde en realidad al enfoque científico de las diferentes aportaciones. Por lo que respecta a este bloque hay que destacar las novedades que se presentaron desde el punto de vista de la arqueología y que, a pesar del tiempo transcurrido, continúan estando en vigor. De especial interés es la ponencia de V. García Marcos (pp. 167-211) sobre las novedades en torno al campamento de *Legio VII* y que constituye, todavía a día de hoy, el trabajo más reciente y completo sobre el tema, una labor que se ve reforzada por las comunicaciones de E. Campomanes Alvarado en relación a la ocupación del solar de León con anterioridad a la llegada de la legio VII *Gemina* y de F. Muñoz Villarejo sobre la excavación realizada en un solar extramuros del recinto campamental, que aportan interesantes novedades sobre el campamento de la principal unidad hispana asentada en Hispania durante la época imperial. En esta misma dirección apuntan los trabajos de J. M. Caamaño Gesto y C. Fernández Rodríguez en A Ciudadela (pp. 213-226) y el de A. Rodríguez Colmenero sobre el campamento de *Aquis Querquennis* (pp. 227-244) en los que aparecen los últimos resultados de las prospecciones y excavaciones realizadas, y en los que se da la visión de conjunto más reciente sobre ambos emplazamientos, siendo también la última aportación realizada hasta la fecha sobre el tema. Al igual que sucedía en el caso de León, estos dos trabajos de conjunto se ven complementados por alguna aportación particular como la de T. Vega Avelaira sobre el armamento vinculado a *Aquis Querquennis*. Dentro de esta primera parte también deben destacarse una serie de trabajos monográficos sobre los importantes campamentos de Rosinos de Vidriales (*Petauonium*) y de Herrera de Pisuerga que recogen tanto elementos relacionados con la arquitectura como con los aspectos

de la cultura material de los mismos, tal y como ponen de manifiesto el trabajo sobre *Las marcas militares en material de construcción de Petauonium* (R. Martín Valls, M. V. Romero Carnicero, S. Carretero Vaquero, pp. 137-154) y el de este último autor sobre los *Gustos y tendencias en el consumo cerámico del ala II Flavia en Petauonium* (recientemente se ha visto publicado un trabajo mucho más completo sobre este tema *vid.* S. Carretero Vaquero, *El campamento romano del Ala II Flavia en Rosinos de Vidriales (Zamora). La cerámica*, Zamora, 2000). De la misma forma se encuentra representada Herrera de Pisuerga, con un trabajo de conjunto de E. Illarregui. *Acerca de los campamentos altoimperiales de Herrera de Pisuerga y su entorno* (pp. 155-165) y una serie de aportaciones en forma de comunicaciones que vienen a complementar al anterior a través del estudio de su material (M^a C. Reinoso del Río, *Cerámicas de paredes finas en el asentamiento militar de Herrera de Pisuerga (Palencia)*, pp. 369-380 y C. Fernández Ibáñez, *Metalisteria bélica de la legio III Macedonica procedente de su campamento en Herrera de Pisuerga (Palencia, España)*, pp. 381-393). Finalmente queremos señalar también en este apartado dos trabajos, de diferentes características, pero de un gran interés. El primero de ellos es el trabajo de E. Gil Zubillaga centrado en los testimonios arqueológicos relacionados con el mundo militar romano en los territorios del País Vasco, un tema que por ser desconocido presenta numerosas novedades interesantes. Igual de interesante es la aportación de C. Blázquez Cerrato (pp. 437-449) en el que presenta un conjunto monetario relacionado con el ya sin duda campamento romano de Villalazán (Zamora) y que no permite situarlo cronológicamente en el período de las guerras contra cántabros y astures, y sí en la época posterior de reorganización y ocupación de esos territorios.

La segunda parte de este bloque (pp. 493-574) presenta los trabajos relacionados con los aspectos menos arqueológicos del mundo militar romano. Esta serie de trabajos, aunque variados en sus contenidos, tienen como principal denominador común el análisis social y cultural del elemento militar relacionado con Hispania. Los principales temas en ellos analizados así lo demuestran ya que se observa un predominio de la integración social del componente humano de las tropas, de sus relaciones con el entorno civil e incluso de los aspectos religiosos y culturales de aquellos que sirvieron en las filas de Roma

El último bloque de esta obra, *La defensa de Hispania durante el período tardorromano* (pp. 577-718), está dedicado a los aspectos militares en Hispania durante el Bajo Imperio y la antigüedad tardía. En él –y como no podía ser de otra forma– tienen un papel protagonista las murallas que son analizadas desde la perspectiva más general, como sucede en el trabajo de C. Fernández Ochoa y A. Morillo Cerdán sobre las murallas tardorromanas en Hispania (pp. 577-589) y en el que a partir de los últimos datos se realiza una interpretación global sobre las mismas, hasta los casos particulares de *Lucus Augusti* (F. M. Herves Raigoso y E. J. Alcorta Irastorza) y *Bracara Augusta* (F. Sande Lemos *et alii*) donde se exponen las novedades obtenidas a partir de los recientes trabajos arqueológicos. Pero junto al estudio de las fortificaciones aparecen también trabajos sobre otros elementos que podíamos considerar «clásicos» en este período tal y como demuestra el trabajo de L. A. García Moreno sobre los asentamientos militares tardorromanos (pp. 625-636) y el de F. Pérez Rodríguez Aragón sobre las necrópolis visigodas (pp. 637-650). Todos estos trabajos más amplios se ven igualmente complementados por las comunicaciones (pp. 651-718) que presentan temas análogos a los antes citados.

Tras este recorrido sólo nos queda decir que nos hallamos ante una obra de conjunto y de una enorme calidad que se va a convertir rápidamente en punto de referencia obligado para los estudiosos de la arqueología militar peninsular. Buena prueba de lo que acabamos de decir se encuentra en la calidad de los trabajos y en las novedades presentadas que, a pesar del tiempo transcurrido, continúan siendo la «última palabra» para la inmensa mayoría de los aspectos aquí tratados. Deseamos que esta semilla germine y dé como frutos otros congresos y otras publicaciones como la aquí presentada.

Juan José Palao Vicente

MANUEL SOTOMAYOR y JOSÉ FERNÁNDEZ UBIÑA (coord.) *Historia del Cristianismo I. El mundo antiguo*, Editorial Trotta, Universidad de Granada, Madrid, 2003, 943 pp. [ISBN 84-8164-632-6 (Obra completa); 84-8164-633-4 (Volumen I)]

Con la publicación de la obra que han coordinado Manuel Sotomayor y José Fernández Ubiña sobre la aparición y consolidación de la religión cristiana en el mundo antiguo, ha visto la luz el primer volumen de un ambicioso proyecto que pretende ofrecer una completa historia del cristianismo desde sus orígenes hasta la realidad contemporánea. Para lograrlo, se tiene prevista la aparición de otros tres volúmenes: el segundo, dedicado al mundo medieval, será coordinado por Emilio Mitre Fernández; el tercero se ocupará de la Edad Moderna y será realizado bajo la supervisión de Antonio Luis Cortés Peña; y el cuarto y último, dirigido por Francisco José Carmona Fernández, abordará la época contemporánea.

Según se desprende del primer volumen ya publicado, hay dos características destacadas que pueden definir el proyecto en su conjunto. Por un lado, el estudio del cristia-

nismo se enfoca desde una óptica multidisciplinar, nutriéndose de la colaboración de especialistas en diferentes materias (teología, filología, filosofía e historia). Por otro, una perspectiva no confesional preside el estudio del fenómeno cristiano. El resultado es un trabajo colectivo que huye de los enfoques partidistas frecuentemente asociados al estudio del cristianismo. Simplemente se busca conocer. No se pretende ni hacer apología ni combatir el cristianismo y, por este motivo, se impone una lectura fundamentalmente histórica de la religión y de la Iglesia cristiana.

El trabajo, como se afirma en la contraportada del volumen, «busca servir tanto de obra de referencia rigurosa y práctica en la docencia e investigación universitarias, como de introducción científicamente fiable al conocimiento del cristianismo histórico por parte del lector culto, conjugando la sencillez narrativa con un contenido crítico y abundante en datos históricos». De acuerdo con este propósito, cada capítulo, además de incluir repertorios bibliográficos, concluye con una selección de textos, posibilitando al lector tener un contacto directo con las fuentes y al docente un cómodo acceso a documentos básicos para la enseñanza de esta materia. La bibliografía de cada capítulo se complementa, al final de la obra, con una bibliografía de carácter general que incluye, por un lado, referencias comentadas de las principales ediciones de las fuentes básicas para el estudio del cristianismo primitivo y, por otro, un elenco de diccionarios, atlas, manuales y obras generales sobre la materia. La obra se cierra con dos útiles índices, onomástico uno, general el otro, que facilitan la consulta temática de la obra.

Entrando ya a comentar con más detalle el contenido del volumen, un aspecto que se podría resaltar es que la mayor parte de la obra, casi dos tercios de la misma (unas 600 páginas de las más de 900 que la conforman), se centran en el estudio del cristianismo una

vez que éste ya se ha formado como religión diferenciada del Judaísmo y ha comenzado a difundirse con fuerza dentro y fuera del Imperio romano, lo que equivale a decir que la obra se ocupa fundamentalmente del estudio del cristianismo a partir del s. III. A los orígenes del cristianismo sólo se dedican los tres primeros capítulos.

Teniendo en cuenta que el cristianismo siempre se ha nutrido de elementos culturales procedentes de los diversos ambientes con los que fue entrando en contacto, no es de extrañar que el volumen se inicie con el estudio del entorno judío en el que nació Jesús. Este primer capítulo, titulado «El legado judío» (pp. 17-68), ha sido realizado por José Luis Sicre, catedrático de Antiguo Testamento de la Facultad de Teología de Granada, quien, retrotrayéndose en el tiempo y realizando un somero repaso de los periodos de dominación babilónica, persa, helenística y romana, consigue mostrar con claridad la íntima relación que existe entre transformación política y evolución religiosa en el caso del pueblo judío. El lector entra así en contacto con las distintas corrientes religiosas que se desarrollan dentro del judaísmo y, de esta manera, se le proporcionan los mecanismos necesarios para poder comprender la aparición del cristianismo en el seno del judaísmo.

El capítulo II, titulado «Jesús de Galilea» (pp. 69-121) sobresale más por la excelente síntesis que en él se realiza sobre las fuentes que permiten afrontar el estudio de este personaje que por la propia reconstrucción de la vida del Jesús histórico. No obstante, su autor, Miguel Pérez Fernández, catedrático de Filología Hebrea de la Universidad de Granada, consagra la última parte de su trabajo a plantear la problemática histórica que gira en torno al proceso y muerte de Jesús, sin duda alguna, la parte de su vida mejor documentada.

«Las primeras comunidades cristianas» es el título del capítulo III (pp. 123-187) que ha sido realizado por Juan Antonio Estrada,

catedrático de Filosofía de la Universidad de Granada. En él se analiza cómo surgieron y se organizaron las primeras comunidades de seguidores de Jesús, destacándose la gran variedad de posturas y corrientes existentes en los primeros momentos. Según resalta su autor, Jesús no había formado ninguna iglesia y, para que ésta surgiera, fue necesario transformar su mensaje e iniciar la labor misional entre los gentiles, lo que implicaba distanciarse del judaísmo, así como pasar de la fase carismática originaria a la institucional, procesos, todos ellos, que no estuvieron exentos de controversia y que son trascendentes para comprender la aparición del cristianismo.

Los siguientes capítulos son obra de los coordinadores del volumen: Manuel Sotomayor, catedrático emérito de Historia de la Iglesia Antigua de la Facultad de Teología de Granada y José Fernández Ubiña, también catedrático de la Universidad de Granada, pero, en este caso, de Historia Antigua. El primero de ellos, en el capítulo IV, «Los grandes centros de expansión del cristianismo» (pp. 189-226), se ocupa de las comunidades de creyentes en Jesús que surgieron en Jerusalén, Antioquía de Siria, Edesa, Seleucida-Ctesifonte, Alejandría de Egipto, Roma y Cartago, cumpliendo así con el que es uno de los objetivos prioritarios del conjunto de la obra: romper con el eurocentrismo que ha caracterizado el estudio científico del cristianismo. El segundo, en el capítulo V, que titula «El cristianismo greco-romano» (pp. 227-291), realiza un repaso de los aspectos más destacados que, en los siglos II y III, caracterizan la evolución del cristianismo, a saber: la pervivencia de diferentes corrientes de pensamiento entre los cristianos, la formación del canon neotestamentario, la aparición de las primeras instituciones eclesíásticas y el inicio del desarrollo de la liturgia y el culto cristiano. Su trabajo concluye con el estudio de la iglesia de Cartago y de la Escuela de Alejandría,

dos de los centros más destacados del cristianismo primitivo.

A continuación, la obra se centra fundamentalmente en el análisis de las complejas relaciones que se dieron entre los cristianos y el gobierno imperial. En el capítulo VI, «El cristianismo y el Imperio romano» (pp. 293-327), Ramón Teja, catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Cantabria, aborda, de forma clara y concisa, la evolución de las posturas adoptadas por el gobierno imperial frente a los problemas que el cristianismo causó entre los siglos I y IV, desvelando cómo pasó de ser una religión abiertamente perseguida a partir de mediados del s. III, a ser privilegiada y favorecida en época de Constantino. Precisamente el gran cambio histórico que representó la política religiosa de Constantino es el tema analizado en la primera parte del capítulo VII, titulado «Constantino y el triunfo del cristianismo en el Imperio romano» (pp. 329-397). En ella, José Fernández Ubiña realiza una loable contextualización de la trascendente mutación que supuso la actitud religiosa adoptada por Constantino, insertándola perfectamente en el ambiente político del momento, dominado por las luchas entre los sucesores de la tetrarquía. Los otros tres apartados se dedican al nacimiento de la historiografía cristiana, a la política religiosa puesta en práctica por los inmediatos sucesores de Constantino y a la tentativa de reacción pagana llevada a cabo por Juliano el Apóstata.

La obra se ha adentrado ya en el estudio del s. IV, la época del triunfo del cristianismo. María Victoria Escribano Paño, profesora titular de Historia Antigua de la Universidad de Zaragoza, en el capítulo VIII, titulado «El cristianismo marginado: heterodoxos, cismáticos y herejes del s. IV» (pp. 399-480) se centra en el análisis del donatismo, el arrianismo, el pelagianismo y el priscilianismo, las corrientes heréticas más destacadas del s. IV, destacando cómo la cristianización del Imperio llevó apare-

jada la injerencia del poder secular en los asuntos internos de la Iglesia. El apoyo imperial al cristianismo se materializó en la concesión de privilegios a los miembros de la jerarquía eclesiástica. Se incrementaba así el poder episcopal, pero, al mismo tiempo, surgía la competencia por obtener el favor imperial, lo que provocó que se multiplicasen las controversias religiosas. Y como los contrincantes trataron de solucionar sus disensiones recurriendo al arbitraje del emperador, también aumentaron sus prerrogativas en materia religiosa. Sólo así se explica cómo se operó la imposición del cristianismo niceno como religión oficial del Imperio romano, el aspecto analizado por Francisco Javier Lomas Salmonte, catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Cádiz en el capítulo IX, «El Imperio cristiano» (pp. 481-530).

Manuel Sotomayor, uno de los coordinadores de la obra, vuelve a encargarse de la realización de los dos siguientes capítulos. En el X, «Estructuración de las iglesias cristianas» (pp. 531-588), tras dedicarse al estudio de la consolidación de la jerarquía eclesiástica, centrándose, fundamentalmente, en el análisis de la aparición y desarrollo de los patriarcados, nos muestra cuál ha sido la evolución de la literatura cristiana mediante un elenco de los principales escritores que han sido englobados bajo el calificativo genérico de «Padres de la Iglesia», concluyendo con un apartado dedicado al culto de los mártires. El capítulo XI, «Controversias doctrinales en los siglos V y VI» (pp. 589-637), se estructura en dos grandes apartados: el primero, se dedica al estudio del que fue el conflicto clave durante el siglo V: la controversia cristológica; y el segundo, se centra en el análisis de la aparición y la posterior condena del origenismo.

«El monacato cristiano» (pp. 639-685) es el título y la temática del siguiente capítulo, el XII, realizado por Mar Marcos Sánchez, profesora titular de Historia Antigua de la

Universidad de Cantabria. La autora se enfrenta, en primer lugar, al problema de los orígenes del monacato. A partir del impulso ascético que está en la base del nacimiento de la institución y, pasando por el desarrollo de prácticas anacoretas, eremíticas y cenóbicas, llega al s. iv en que ya se puede usar, propiamente hablando, el término monacato. Siguen dos apartados en los que se analizan respectivamente el monacato oriental y el monacato occidental, lo que le permite resaltar las diferencias que se dieron en la aparición y el desarrollo de las instituciones monásticas en ambas partes del Imperio.

Pablo C. Díaz Martínez, profesor titular de Historia Antigua de la Universidad de Salamanca, es el autor del capítulo XIII, que lleva por título «El cristianismo y los pueblos germánicos» (pp. 687-758). Con la conversión del Imperio Romano al Cristianismo, los pueblos germánicos que fueron penetrando en él, también empezaron a asumir el Cristianismo. Generalmente lo hicieron primero en su forma arriana. Sólo en un segundo momento, la mayoría de ellos abjuró del arrianismo, que se había convertido en un importante signo de identidad bárbaro, y reconoció la doctrina nicena. El caso paradigmático, y también el mejor documentado, de este proceso de conversión es el de los godos, en concreto, el de los visigodos, y por ambos motivos a ellos dedica una especial atención el autor. No obstante, también analiza la conversión al arrianismo de los vándalos, con las repercusiones que su instalación en el norte de África tuvo para los cristianos ortodoxos de la zona, así como la difusión del credo niceno entre lombardos, suevos, francos y anglosajones.

En el capítulo XIV, «El Imperio romano de Bizancio. Conflictos religiosos» (pp. 759-814), obra de Margarita Vallejo Girvés, profesora titular de Historia Antigua de la Universidad de Alcalá, se señalan las características particulares que definen el cristianismo bizantino entre los siglos v y viii. Estructurado en

cuatro apartados, la autora consigue, en el primero de ellos, exponer de forma clara la compleja realidad político-religiosa que vive el Imperio Bizantino en el periodo considerado, una realidad caracterizada por la sucesión continua de controversias teológicas y por la decidida intervención del emperador en los asuntos eclesiásticos. Este último aspecto vuelve a ponerse de manifiesto en los dos siguientes apartados: en el segundo, dedicado al tema del encumbramiento de la sede episcopal de Constantinopla y en el tercero, donde se analiza la labor misionera de la Iglesia bizantina. En el cuarto y último apartado se describen los rasgos que distinguen al monacato, al clero, a la liturgia y a la teología bizantinas.

Los dos últimos capítulos del volumen vuelven a ser realizados por Manuel Sotomayor. El capítulo XV, «El cristianismo en Oriente» (pp. 815-868), responde, de nuevo, al objetivo general de la obra de superar el tradicional eurocentrismo que ha presidido los estudios sobre cristianismo. En seis apartados, se analizan en él los rasgos que definen a la iglesia antioquena, a la siria oriental, a la armenia, a la de Georgia, a la copta y a la etíope, ofreciendo la posibilidad de entrar en contacto con una temática poco tratada en nuestra historiografía. Con el capítulo XVI «El arte en el cristianismo antiguo» (pp. 869-904), donde se analizan las relaciones de los cristianos de los primeros siglos con las imágenes artísticas, desde su rechazo inicial al uso de las mismas a partir del s. iii, y la aparición de los primeros edificios monumentales al servicio de la Iglesia, concluyen los estudios particulares que configuran el volumen.

Como valoración general de la obra, se le puede achacar la existencia de ciertas repeticiones. Por citar sólo algunos ejemplos, el tema de los escritos paulinos es tratado tanto por Miguel Pérez Fernández (pp. 75-76) como por Juan Antonio Estrada (pp. 157-158). Lo mismo ocurre con la cuestión de la actuación de Constantino en relación

con la querrela donatista, analizada tanto en el capítulo sobre el triunfo del Cristianismo en época de Constantino (pp. 348-350) como en el dedicado al estudio de los movimientos heréticos del s. IV (pp. 404-407). Quizá también se puede criticar el formato, incómodo por su voluminosidad. Seguramente no habrá unanimidad entre los lectores a la hora de decidir qué capítulos les han interesado más y cuáles consideran

mejor acabados. Pero lo que no se puede poner en tela de juicio es que se trata de un trabajo serio y riguroso que huye de los posicionamientos partidistas, una opción especialmente loable en un libro que aborda una temática religiosa, aunque lo haga, no está de más insistir, desde una perspectiva eminentemente histórica.

Rosario Valverde Castro